



Henryk Sienkiewicz

El señor secretario

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Henryk Sienkiewich

El señor secretario

- I -

En la Secretaría de la Casa Consistorial del pueblo de Barania Glowa reinaba el más profundo silencio.

Francisco Burak, labriego ya entrado en años, que a la sazón era alcalde del pueblo, estaba sentado ante la mesa, acodado en ella, borroneando trabajosamente y con meticulosa atención unos renglones, mientras el señor Zolzikiewicz, joven de risueño porvenir, secretario del ayuntamiento, permanecía en pie junto a la ventana, ahuyentando con la mano las moscas, que no cesaban de importunarle.

Eran en tal número los porfiados insectos, que más que una dependencia municipal parecía aquello una cuadra o un establo. Ya no conservaban las paredes huella alguna de su primitivo color: tan espesa era la capa de excrementos que las moscas habían ido acumulando en ellas; en aquel momento lo invadían todo: el marco y el vidrio de la santa estampa que colgaba del testero de la sala, el crucifijo puesto debajo y la mesa y el papel y el sello y los libros del Municipio, y aun la calva del señor alcalde, por la que paseaban sin el menor respeto, cual si se tratara de la calva del último de los regidores.

Pero lo que de un modo especial las atraía era la cabellera untada de pomada a base de clavel del señor Zolzikiewicz... Todo un enjambre revoloteaba por encima de aquella cabeza, recorriendo la blanca raya, formando en ella, y sobre los cabellos, manchas negras, movedizas y animadas. De vez en cuando, con la mayor prudencia y circunspección, alzaba el señor Zolzikiewicz la mano y la dejaba caer de improviso: oíase entonces el chasquido de la palma, al dar contra la cabeza; esparcíase el enjambre por los aires, zumbando malignamente, y el señor Zolzikiewicz inclinaba su tupé, sacaba los cadáveres aplastados de su lisa cabellera y los arrojaba al suelo.

Eran cerca de las cuatro de la tarde. En todo el pueblo reinaba el más, profundo silencio, pues casi todos sus habitantes estaban ocupados en las faenas del campo. Sólo una vaca se restregaba contra la pared, bajo la ventana de la Secretaría, y alargaba de vez en cuando la testa, mostrando un hocico del cual colgaban gruesos hilos de saliva. A veces levantaba el pesado testuz, sacudiéndolo hacia atrás para ahuyentar las moscas y dando topetazos contra la pared. Entonces el señor Zolzikiewicz se asomaba por la ventana y gritaba:

-¡Así, demonio...!

Luego mirábase y remirábase en un espejito colgado junto a la ventana, alisándose cuidadosamente los cabellos.

Por último, el alcalde rompió el silencio.

-Oiga, Zolzikiewicz -dijo-: a ver si me escribe usted este oficio, que yo no puedo con él; además, ¡qué caramba!, por algo es usted el secretario.

Pero aquella tarde el señor Zolzikiewicz estaba de mal humor, y cuando estaba de mal humor no le quedaba otro recurso al señor alcalde que apañarse él solo.

-Sí, soy el secretario, ¿y qué? -contestó Zolzikiewicz despectivamente-. Un secretario puede escribir al jefe del distrito, al comisario, etc., etc.; pero a un triste alcalde de villorrio, igual que usted..., ya puede usted hacerle el honor de escribirle de su puño y letra.

Después de una breve pausa añadió con olímpico desdén:

-¿Y qué es para mí un alcalde?... Un campesino, nada más... Y hágase lo que se quiera de un campesino..., campesino se queda por todos los días de su vida.

Alisose de nuevo los cabellos y volvió a contemplarse en el espejo.

Sintiose el alcalde ofendido en su amor propio y contestó:

-¡Mire usted qué gracia!... ¡Como si no hubiera yo tomado nunca el té con el comisario!...

-¡Valiente cosa! -repuso el otro con displicencia-. ¡Apuesto cualquier cosa a que el té era sin ron!...

-¡Mentira, fue con ron!...

-Bueno, pongamos que con ron; pero ni aun así me siento dispuesto a escribirle a usted ese oficio.

Entonces, incomodado, el alcalde exclamó:

-¡No sé por qué con esa facha tan distinguida se rebajó usted hasta solicitar un simple destino de secretario municipal!...

-¿Acaso me dirigí a usted para obtenerlo? Si no hubiera sido por mis buenas relaciones con el jefe del distrito...

-¡Famosas relaciones! Cuando viene por ahí nunca tiene usted ánimos para decirle esta boca es mía...

-¡Burak, Burak! ¿Sabe usted que tiene la lengua muy larga? Ya estoy hasta la coronilla de tanto rústico, de tanto patán, y de toda esa alcaldía de chicha y nabo. Un hombre bien

educado no puede por menos de volverse ordinario y vulgar en medio de ustedes, y vive Dios que si un día me enfado, les voy a dejar a todos plantados con un palmo de narices.

-¡Bah!... ¿Qué haría usted?

-¡Cómo! ¿Creerán acaso que si salgo de este Ayuntamiento me voy a ver en mitad de la calle? Un hombre educado y con instrucción, fácilmente se abre camino en todas partes... Precisamente ayer, sin ir más lejos, me dijo el inspector Stolbiki: «Tú, Zolzikiewicz, serías un lince como subinspector, porque eres de los que oyen crecer la hierba.» Cuénteselo usted a esos palurdos y dígales que esta alcaldía ni me llega a la suela de los zapatos... Un hombre bien educado...

-¡Caramba, hombre, caramba! Pero si usted nos deja, no por eso vendrá el fin del mundo.

-Ya se ve que no vendrá el fin del mundo; pero no dejará usted de pasar buenos aprietos, metido aquí, solo, de bruces sobre los libros. ¡Otro gallo le cantaría a usted!

Rascode el alcalde la cabeza y dijo:

-¡Hombre, hombre! En cuanto se le dice a usted una palabra se pone hecho una furia...

-No tuviera usted la lengua tan larga...

-¡Bueno, bueno!... Ya me callo.

Y otra vez volvió a reinar un profundo silencio, tan sólo interrumpido por el crujido de la pluma sobre el papel bajo los dedos del alcalde.

Finalmente, éste se puso en pie y, limpiando la pluma en la manga de su chamarreta, exclamó:

-¡Gracias a Dios! Ya he terminado.

-A ver: ¡lea esos garrapatos!

-¡Qué garrapatos ni qué ocho cuartos! He escrito cuanto era menester, y basta.

-¡Que los lea le digo, hombre!

Cogió el alcalde el papel con las manos y empezó a leer:

«Al alcalde del pueblo de Wrzeczadz. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. El jefe del distrito, señor Kozel, quiere que las inscripciones militares estén delante de la Virgen y las listas de la parroquia en casa del cura párroco, y que los mozos y los segadores jornaleros estén también inscritos delante de la Madre de Dios, que hayan cumplido los diez y ocho años, y si no lo cumple usted, caerá usted en falta; lo que como a mí mismo le deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

Zolzikiewicz soltó la carcajada.

-¡Ahí va eso! -exclamó.

-¿Lo haría usted mejor, eh?

-¡Claro! Y voy a hacerlo en seguida, pues se me caería la cara de vergüenza si saliese una cosa así de Barania Glowa.

Y sentándose tomó la pluma, trazó con ella unos rasgos en el espacio, como para tomar empuje, y púsose a escribir con rapidez. Pronto el oficio estuvo listo; alisose el secretario los cabellos, y empezó a leer en alta voz:

«El alcalde de Barania Glowa al de Wrzeczadz:

Como quiera que las listas de reclutamiento, en virtud de las órdenes de las autoridades superiores, deben ser presentadas el día... del corriente mes, avisamos al alcalde de Wrzeczadz que las partidas de nacimiento de los habitantes de Barania Glowa, que se encuentren actualmente en la Secretaría de la Casa Consistorial, deben retirarse de allí y ser remitidas dentro del más breve plazo posible. Asimismo, todos los labriegos del pueblo de Barania Glowa empleados actualmente en los campos de Wrzeczadz deberán presentarse personalmente el mencionado día.»

Seguía el alcalde la lectura con grandísima atención, como si estuviese absorto en una meditación casi religiosa. ¡Parecíale tan hermoso y tan solemne todo aquello, tan impregnado de olor y sabor administrativo!... Sobre todo el principio: «Como quiera que las listas de reclutamiento», etcétera..., hacía las delicias del señor alcalde, que se perecería por aquel «Como quiera», sin que llegara nunca a saberlo emplear; es decir, emplearlo ya sabía, lo que no acertaba luego era en terminar bien la frase. Zolzikiewicz, por el contrario, manejaba esta fórmula con la mayor soltura del mundo, pudiendo asegurarse que ningún secretario de Ayuntamiento de cualquier cabeza de distrito podía en ello aventajarle. Y luego, ¡qué modo de coger el lacre y de hacerlo gotear sobre el papel y de ponerle el sello encima, haciendo retemblar toda la mesa!

-¡Eso es tener cabeza, no hay que negarlo!... exclamó el alcalde.

-¡Bah! -contestó Zolzikiewicz, lisonjeado-. Por algo soy un secretario; es decir, un escritor.

-¡Cómo! ¿También escribe usted libros?

-¡Vaya una pregunta!... ¿Quién escribe el libro de actas y los libros de registros y los de cuentas?

-¡Toma, es verdad! -asintió el alcalde.

Y después de una pausa añadió:

-Ahora las listas se harán en un santiamén.

-Sí; pero es menester que piense usted en limpiar el Municipio de tanto canalla.

-¿Quién tendrá bastantes agallas para ello?

-Pues sepa que el jefe del distrito ya se ha quejado de la población de Barania Glowa. «Los borrachos», ha dicho, «forman legión; Burak no los vigila, y el día menos pensado se va a llevar un disgusto»...

-Sí; ya sé que de todo tengo yo la culpa. Cuando la Rosa Kowalicha parió, el tribunal la condenó a veinticinco azotes, con el único fin de hacerle recordar que no es esta una cosa que honre mucho a una muchacha. ¿Quién pronunció la sentencia? ¿Yo? Ni pensarlo; fue el Consistorio. ¿Qué me importa a mí eso? Si paren todas a la vez, ¿qué me va en ello? Fue el Consistorio quien la condenó; pero fui yo quien cargué con la culpa.

En aquel momento dio la vaca tan formidable topetazo contra la pared de la Casa Consistorial, que la Secretaría pareció venirse abajo. Irritado el alcalde, gritó:

-¡Eh, guarra, no reventarás!

El secretario, que durante todo aquel tiempo había estado sentado encima de la mesa, se volvió hacia la ventana y se puso otra vez a mirarse al espejo.

-Le está a usted bien empleado; ¿por qué no las vigila mejor? Y con los borrachos le pasará otro tanto; ya se sabe: una oveja con sarna pronto se la pega a todo el rebaño. Todos, todos irán a parar a la taberna.

-¿Pero qué puedo yo hacer? Ya comprenderá usted que después de tanto sudar en los campos es inevitable que ardan los hombres en deseos de remojarse el gaznate.

-¡Hombre, haga usted una cosa! ¡Quite de en medio a ese Rzepa, y ya verá usted cómo en el pueblo irá todo como una seda.

-¿Y cómo me las arreglo? No voy yo a cortarle la cabeza al Rzepa...

-No; pero ahora viene el alistamiento militar... Se le pone en lista... Y que vaya en sorteo. ¡Eso!

-¡Pero si es casado y con un crío de un año!

-¿Quién va a enterarse? Él no irá a formular queja alguna, y aunque fuera se harían los sordos. En tiempo del reclutamiento, ¡buenas están las autoridades para atender a las quejas!

-¡Señor secretario, señor secretario!... Se me antoja que no son los borrachos lo que le interesa a usted, sino la Rzepowa. Y esto es ofender a Dios...

-¿Y a usted qué le importa? Piense en su hijo, que caba de cumplir diecinueve años y que, por lo tanto, entra también en el sorteo.

-Ya lo sé; pero no se apure usted, que no lo suelto. En último caso, lo redimiré.

-¡Oh, si tan rico es usted!...

-Dios Nuestro Señor me ha permitido recoger unos puñados de calderilla...

-¿Pagaría usted ochocientos rublos en calderilla?...

-Cuando le digo que pagaré es que pagaré, aunque sea en calderilla. Y si permite Dios que continúe siendo alcalde, es posible que con su santa ayuda pueda en dos años recuperar lo que adelante ahora.

-Lo recuperará o no lo recuperará, según... Pero si pusiéramos en lista a ese Rzepa en lugar de su hijo, esto significaría para usted una respetable economía... Ochocientos rublos no se encuentran en medio de la calle. Reflexionó el alcalde unos instantes, visiblemente seducido por la agradable perspectiva de ahorrarse tan pingüe suma de dinero.

-¡Bah! -exclamó por fin-; esas cosas son siempre peligrosas.

-No respondería usted con su cabeza.

-Eso es precisamente lo que temo; lo hará la cabeza de usted y será la mía la que lo pague.

-Como usted quiera, pues; suelte entonces los ochocientos rublos...

-No diré que eso sea muy agradable...

-Pero si tiene usted esperanzas de recuperar su dinero, ¿qué pierde en ello? No confíe mucho, sin embargo, en seguir en posesión de la vara... Todavía no se saben ciertas cosas... Pero si supiese la gente lo que yo me sé...

-¡Como si no rebañara usted más que yo en la fuente de los ingresos de la alcaldía!

-No se trata de eso; trátase de cosas ya pasadas.

-Me tiene eso muy sin cuidado; no hice sino cumplir las órdenes que se me dieron.

-Bueno, bueno... ¡Ya se justificará usted donde hay que justificar esas cosas!

Y diciendo esto, cogió el secretario su gorra de paño verde a grandes cuadros y salió de la Alcaldía.

El Sol estaba ya próximo a hundirse en el ocaso y las gentes regresaban de los campos. A los pocos pasos encontré al secretario con cinco segadores, con las guadañas al hombro, que le saludaron con un «Alabado sea Dios». Pero el secretario, por toda respuesta, limitó a inclinar la cabeza reluciente de pomada, pues era de parecer que la respuesta «Por los siglos de los siglos» desdecía de una persona importante. Y que el señor Zolzikiewicz era una persona importante, nadie lo ponía en tela de juicio, a no ser algún malévolo o algún envidioso de esos que no pueden tolerar que nadie sobresalga del nivel común.

Si poseyéramos la biografía de todos nuestros grandes hombres -como debiera de ser-, leeríamos en la de este hombre extraordinario que había seguido sus estudios en Oslowice, capital del distrito de Oslowizki, al que pertenecía Barania Glowa. A la tierna edad de diecisiete años entró el joven Zolzikiewicz en el segundo curso, y mucho, muchísimo camino hubiera andado si los tiempos calamitosos que bruscamente sobrevinieron no hubiesen interrumpido para siempre su carrera científica. Dejándose llevar por el entusiasmo y el ímpetu de la juventud, el señor Zolzikiewicz, que por añadidura había sido siempre víctima de los catedráticos, se puso al frente de sus condiscípulos más susceptibles y dio a los tiranos la más descomunal cencerrada, destrozó los libros, rompió reglas, plumas y tiralíneas, y renegando de Minerva, aventuróse por otros derroteros. Caminando por ellos.. llegó a las escribanías de los Ayuntamientos, y aun se vio con ánimos de pretender un destino de subinspector.

Sin embargo, en el cargo de secretario no le iba del todo mal. Un hombre abrumado de ciencia y de saber logra siempre inspirar un gran respeto, y ya hemos visto cuán enterado estaba nuestro héroe de las reconditeces de los habitantes del distrito. Por eso todo el mundo le trataba con cierta deferencia, no exenta de temor y de recelosa desconfianza, poniendo gran tiento en no ofender a tan conspicuo personaje. Las personas instruídas le saludaban, al igual de los labriegos, que ya de lejos se quitaban las gorras para enviarle el «Alabado sea Dios». Y aquí viene a cuento explicar al lector por qué nunca contestaba el señor Zolzikiewicz al «Alabado sea Dios» con el consuetudinario «Por los siglos de los siglos».

Dicho queda ya que este saludo desdecía, a su juicio, de toda persona bien nacida; pero existían además, muy otras razones. Los espíritus verdaderamente independientes son, por regla general, atrevidos y radicales, en virtud de lo cual el señor Zolzikiewicz había llegado a la conclusión y a la convicción de que «el alma es un fluido gaseoso, y ¡basta!» Además, en aquellos momentos estaba leyendo el señor secretario la publicación del editor varsovino Breslauer titulada: Isabel de España, o Los misterios de la corte de Madrid, novela por todos los aspectos notabilísima y que en tan alto grado enardecía su entusiasmo, que había abrigado durante algún tiempo el propósito de dar al traste con todo cuanto poseía y marcharse a España. «De primera le salió a Marfor -pensaba-; no sé por qué no me ha de salir bien a mí.» Y dispuesto estaba a realizar su propósito, convencido de que «en nuestro

país los hombres de mérito se echan a perder», si no se lo hubiese desbaratado una serie de circunstancias que esta epopeya, más adelante, nos va a poner de manifiesto.

La lectura de esta incomparable Isabel de España, publicada por entregas, para mayor honra y gloria de nuestra literatura, por el editor Breslauer, dio, pues, por resultado que el señor Zolzikiewicz se volviese rabiosamente escéptico por todo cuanto de cerca o de lejos al clero o a la religión se refiere. Aquí tenéis explicado por qué jamás contestaba al saludo de los aldeanos con el tradicional «Por los siglos de los siglos», contentándose con inclinar la cabeza.

Después que hubieron pasado los cinco segadores, encontrose con unas mozas que venían de los prados, la hoz al hombro, camino de sus casas. Precisamente estaban pasando por el borde de una dilatada charca, una tras otra, con las sayas arremangadas y recogidas por detrás, enseñando unas piernas coloradas cual remolachas.

Acercose a ellas el secretario y díjoles:

-¿Qué tal, palomas?

Y plantándose en el angosto sendero, embistió a la que primero le vino a mano, la cogió por la cintura, le dio un beso y de un empujón hízola caer al agua; pero así, por broma, por puro pasatiempo. Chillaron las mozas ¡ay, ay!; pero también por puro pasatiempo, abriendo cuan grande tenían la boca. Mientras se alejaban, oyó el señor secretario que se decían unas a otras:

-¡Qué reteguapo es nuestro secretario!

-¡Es rollizo y sano como una camuesa!

-¡Y huele tan deliciosamente, que cuando la agarra a una por la mitad del cuerpo parece como si fuera a caer desmayada!

Y el bienaventurado secretario fue prosiguiendo su camino.

No lejos de allí, junto a una choza, oyó que también estaban hablando de él; detúvose al pie de una empalizada que rodeaba un frondoso huerto, y vio a dos mujeres que estaban allí de pie conversando. Una de ellas mondaba patatas, que tenía puestas dentro del delantal recogido, mientras la otra decía:

-¡Ay, Stachowa! ¡Qué miedo tengo de que me lleven a mi Franck a ser soldado. Sólo de pensarlo se me pone el alma en un hilo.

Y contestaba Stachowa:

-Vete a ver al secretario, créeme; vete a ver al secretario; si él no lo arregla, nadie lo arreglará.

-¿Y con qué quieres que vaya a verle? Con las manos vacías sería inútil, ya lo sabes... El alcalde ya es otra cosa; todo lo acepta sin chistar: manteca, unos cangrejos blancos, hasta un par de madejas, hasta una gallina... Pero el secretario ni siquiera te mira; es un codicioso... Y con él no te queda otro remedio que deshacer el nudo del pañuelo y soltarle por lo menos un rublo, y un rublo, ¿sabes?...

-Ya podéis reventar -musitó Zolzikiewicz- antes de que yo acepte vuestros huevos y vuestras gallinas. ¿Soy acaso algún concusionario? Eso se queda para el alcalde.

Y así, refunfuñando entre dientes, iba ya a apartar las ramas de un cerezo para insultar a las mujeres, cuando de pronto oyóse el rodar de un carruaje. Volvió la cabeza, y vio una bryczka que se iba acercando, guiada por el mismísimo Franck de que habían estado hablando las mujeres. Repantigado en la bryczka venía un joven estudiante, con el kópis echado sobre una oreja y un cigarrillo en los labios. Así que el estudiante hubo divisado al señor secretario, sacó el cuerpo fuera del carruaje y exclamó, acompañando sus palabras con señas y ademanes:

-¡Hola, Zolzikiewicz! ¿Cómo va eso? ¿Qué cuenta usted de nuevo?... ¿Todavía se embadurna usted la cabeza con dos dedos de pomada?...

-¡Servidor de usted, caballero! -dijo en voz baja Zolzikiewicz; mas apenas la bryczka se hubo alejado un tanto, añadió, siempre en voz baja, pero cual si sus palabras fuesen piedras lanzadas contra el carruaje:

-¡Así te rompieras la crisma antes de llegar!...

El estudiante aquel era un primo de los señores de Skorabiewski, en cuya casa pasaba cada año los meses de verano. El secretario no podía verlo ni en pintura, y no era sólo ojeriza, lo que le tenía, sino también un miedo cerval, porque el estudiante era un guasón de marca mayor, a la vez que un verdadero figurín, que no le daba punto de reposo con sus chanzas y sus pullas. Era el único en toda la comarca que no hacía maldito el caso del secretario. Un día que por casualidad había entrado en la sala de sesiones de la Alcaldía, mientras celebraban sesión, díjole delante de todos que era un solemne mentecato, y dirigiéndose luego a los labriegos, les aconsejó que no se dejaran sobornar por él. ¡Con qué gusto se hubiera vengado de aquella afrenta el señor Zolzikiewicz! Pero ¿cómo?... ¿Qué podía contra el estudiante? De todo el mundo sabía algún recóndito secreto; de él, nada, absolutamente nada.

La llegada del mozalbete no le fue, pues, muy grata al señor secretario del Ayuntamiento, que visiblemente preocupado prosiguió su camino hasta que llegó junto a una choza situada a unos pasos de la carretera. Detúvose para contemplarla, y su semblante fue rápidamente recobrando la perdida serenidad. Era aquella choza de aspecto todavía más pobre que las que en derredor suyo había diseminadas; pero teníanla muy bien cuidada y con gran aseo, con su plazoleta cubierta de fina arena. Adosados a la empalizada había montones de troncos aserrados, en uno de los cuales veíase plantada por el tajo una segur; algo más lejos alzábase una troje, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, y junto a ella una cochera que servía a la vez de establo y de cuadra; delante del establo, dos cerdos se estaban

revolcando sobre un montón de estiércol, mientras a su alrededor paseaban pomposamente unos patos; mas allá de la troje, en un cercado, pastaba un caballo, alzando, ora una pata, ora la otra, y junto a los troncos aserrados, un gallo escarbaba la tierra y en cuanto daba con un gusano o una semilla poníase a cacarear y acudían presurosas las gallinas a disputarse el hallazgo.

En el umbral de la choza había una mujer, ocupada en aplastar con la espadilla granos de cáñamo mientras tarareaba una tonada, y junto a ella un perro, con las patas delanteras estiradas, daba vigorosas dentelladas al aire para cazar las moscas que venían a picarle las recortadas orejas.

Era la mujer muy joven, tal vez de una veintena de años, y estupendamente hermosa; cubría su cabeza la sencilla toca de las aldeanas, y la blanca camisa de lino, que le moldeaba el torso, iba fruncida al talle, sujeta por un delgado cordón rojo. Su semblante rebosaba salud; tenía desarrolladísimos los hombros y las caderas, y delgada y flexible la cintura. Sin embargo, sus facciones eran menudas, pequeña la cabeza, y la tez un poco pálida, ligeramente dorada por los rayos del Sol. Tenía grandes y negros los ojos; las cejas, como trazadas con un pincel; recta y fina, la nariz; rojos cual cerezas, los labios, y los cabellos que asomaban por debajo de la cofia eran magníficos y de un tono sombrío.

Al acercarse el señor secretario, el perro, que estaba junto a la espadilla, se levantó, metió la cola entre las patas traseras y empezó a gruñir, mostrando de vez en cuando los relucientes colmillos, cual si sonriera.

-¡Kruczek! -gritole la mujer con voz sonora y fina-, ¡quieto y a callarse! Si no, ya verás...

-Buenas tardes, Rzepowa -dijo el secretario.

-Muy buenas las tenga usted, señor secretario -contestó la mujer sin interrumpir su faena.

-¿Está en casa tu marido?

-No, señor; está de faena en el bosque.

-Es lástima; le llaman en la alcaldía.

La «alcaldía» es para los sencillos lugareños una palabra preñada de malos presagios; por eso, al oírla, cesó la Rzepowa de machacar el cáñamo y con ojos azorados y llena de zozobra preguntó:

-¿Qué pasa?

Entretanto, Zolzikiewicz había traspasado el umbral y estaba de pie junto a la mujer.

-¡Déjate dar un beso y te lo diré!

-Ya se pasará usted sin él -repuso la Rzepowa.

Pero ya el secretario le había asido por la cintura y forcejeaba por besarla.

-¡Caballero, caballero! Voy a llamar... -exclamó la mujer, substrayéndose al abrazo.

-¡Querida Rzepowa... hermosa Marisia!...

-¡Caballero!... ¡Esto es ofender a Dios!... ¡Caballero!...

Y mientras gritaba bregaba para desasirse; pero era el secretario muy robusto y ni a tirones la soltaba.

Afortunadamente, Kruczek estaba allí, y pronto fue en socorro de la Rzepowa. Furioso, con los pelos de punta, echóse encima del secretario, y como éste vestía una chaqueta muy corta, embistióle por la parte que la chaqueta dejaba al descubierto, mordió la tela del pantalón y, apretando apretando, llegó hasta la piel y luego hasta la carne, y cuando sintió la boca llena, púsose a mover furiosamente la cabeza, sacudiendo su bocado.

-¡Jesús! ¡María! -imploró el secretario, olvidando en aquel momento que pertenecía a la clase de los esprits forts.

Pero ahora era Kruczek quien no le soltaba a él, y sólo cuando logró asir una tranca y darle un violento estacazo con ella, después de dar mucho más en el vacío, pudo librarse del fiero animal, que huyó corriendo a un rincón, donde se puso a gemir.

Entonces, una vez más quiso volver al ataque.

-¡Echa de ahí al perro, echa a ese demonio! -gritaba el secretario, blandiendo furiosamente la estaca.

Obedeció la mujer, llamó al perro y lo echó fuera de la casa. Luego se miraron los dos silenciosamente.

-¡Triste de mí! -exclamó por fin la Rzepowa, espantada del sangriento desenlace que había tenido la aventura aquella-. ¿Por qué, por qué entre tantas se ha ido a fijar en mí?

-¡Me las pagarás! -gritaba el señor secretario-. ¡Me las pagarás! ¡Aguarda! Rzepa será soldado. Yo quería protegerte..., pero ahora serás tú quien vendrá tras de mí... ¡Venganza, venganza!

La pobre mujer estaba lívida y atontada, cual si le hubiesen descargado sobre la cabeza un tremendo golpe. Abrió los brazos, movió los labios como para decir algo; pero el secretario recogió del suelo su gorra verde a grandes cuadros y se alejó rápidamente, blandiendo con una mano la estaca mientras procuraba con la otra disimular el grotesco sieté de su pantalón.

- II -

Transcurrida una hora, volvió Rzepa del bosque con el carretero Lucas. Era el tal Rzepa un guapo y gallardo mocetón, tieso como un álamo, robusto y vigoroso: un verdadero leñador. Todos los días iba al bosque a la tala de pinos, en el espeso oquedal que el señor de la aldea había vendido a los judíos. Y como era muy trabajador, se ganaba muy bien la vida. Después de echarse saliva en la palma de las manos, asía la segur, hacía la voltereta y era tan tremendo el hachazo que asestaba al pino, que retemblaba éste de arriba a abajo y saltaba la astilla como una flecha. Y si diestro y fuerte era para la tala de árboles, era también el más mañoso en cargar y estibar un carromato; por todo lo cual era admirado y celebrado por los judíos que, con el metro en la mano, recorrían el bosque escudriñando las copas de los árboles, cual si en ella estuviesen buscando nidos de cuervos. Muchas veces había dicho Drysla, el rico comerciante de Oslowice:

-¡Eres el diablo, Rzepa! Toma; aquí van diez céntimos para una copa... No, espera; ¡aquí tienes siete céntimos para dos deditos de aguardiente!

Pero no era Rzepa hombre que se dejara impresionar por tales muestras de admiración; continuaba blandiendo la segur y gritaba con todas sus fuerzas, como tomándolo a broma:

-¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!

Y la voz iba rodando, alejándose, pino tras pino, para volver luego como el eco de un grito en lontananza.

Y todo volvía a quedar silencioso, oyéndose tan sólo el golpear de la segur y de vez en cuando la rumorosa charla de los pinos, que de rama en rama se decían sus secretos. Muy a menudo cantaban también los leñadores, y era de oír cómo entonaba Rzepa, a la cabeza de los compañeros, la canción que él mismo les había enseñado:

En la enramada óyese un duelo
¡Ay, ay!;
Un cuerpo duro cae en el suelo,
¡Ay, ay!;
Es un mosquito que se ha tumbado
¡Ay, ay!,
Y un hueso malo se le ha quebrado,
¡Ay, ay!
Sale una mosca muy contristada,
¡Ay, ay!,
vuela que vuela, toda azorada.
¡Ay, ay!
-¿Médico quieres? -dice al mosquito.
¡Ay, ay!
-No te molestes, que finiquito.
¡Ay, ay!

Ni doctor quiero ni boticario,
¡Ay, ay!
sino el zarcillo del herbolario.
¡Ay, ay!

En la taberna tampoco era Rzepa de los últimos; gustábale el aguardiente, y cuando se le subía a la cabeza, se hallaba dispuesto en seguida a emplear los puños con cualquiera. Una vez hizo al mozo de labranza de la Casa señorial una tan tremenda herida en el cráneo, que a dar crédito a lo que afirmaba, jurándolo, la Jozwowa, el ama de llaves, podíasele ver el alma por el agujero. Otra vez, cuando apenas contaba diecisiete años, se batió con unos carreteros trajinantes, y el señor de Skorabiewski, que a la sazón era alcalde del pueblo, lo mandó llamar al Ayuntamiento y le propinó un par de bofetadas, por pura fórmula; pero luego, con mirada benévola, le preguntó:

-¿Pero, por Dios, Rzepa, cómo te las has arreglado? ¿Cómo has podido salirte con la tuya? ¡Eran siete contra ti!

A lo que respondió Rzepa:

-Lo mismo da, señor; tan endebles tienen las patas, que sólo con tocarlos se vienen al suelo.

El señor de Skorabiewski echó tierra al asunto, porque desde hacía mucho tiempo tenía una singular inclinación por Rzepa, tanto, que las malas lenguas del pueblo decían, cuchicheándose al oído, que el gallardo mocetón era su hijo. «Bien a las claras se ve -añadían- que tiene el chusco extravagancias de gran señor».

Pero no era verdad, por más que la madre de Rzepa fuese conocida de todos y el padre de nadie.

Al principio Rzepa había tomado en arriendo la choza con sus tres fanegas de tierra; de todo lo cual se había convertido más tarde en propietario, y como era tan trabajador, pronto los negocios le fueron viento en popa. Como si esto fuera poco, habíase casado con una mujer cual no la había parecida en cien leguas a la redonda, y todo hubiera ido como una seda, a no ser aquella su maldita pasión por el aguardiente.

Pero ¿cómo remediarlo? Si alguna vez se atrevía alguien a reprocharle su intemperancia, él le contestaba en seguida:

-Bebo y pago con mi dinero, ¿no? Pues entonces, anda y déjame en paz.

A nadie le tenía miedo en el pueblo y sólo agachaba la frente delante del secretario. Cuando divisaba a lo lejos su gorra verde, su nariz arremangada y su perilla de macho cabrío, todo ello armado encima de unas largas piernas, que se acercaban muy despacio, instintivamente llevaba las dos manos a la gorra para saludar. Y es que el secretario estaba al corriente de ciertas cosas: en la época de los disturbios habíanle mandado al bueno de Rzepa que transportara de un sitio a otro ciertos papeles comprometedores, y, claro, lo

había hecho, ¿y qué? ¿Qué tenía que ver con ellos? Además, sólo contaba entonces quince años y apacentaba aún cerdos y gansos. Pero más tarde le había asaltado el temor de que podía tocarle en aquel asunto su parte de responsabilidad. He aquí por qué le tenía tanto respeto al señor secretario.

Tal era nuestro Rzepa.

El día aquel, cuando de regreso del bosque llegó a su choza, le salió su mujer al encuentro con sollozos y gemidos:

-¡Triste, triste de mí! ¡Ya mis ojos no te volverán a ver!... -exclamaba-. ¡Ya no te lavaré más los pañuelos, ni te prepararé la comida!... ¡Que van a mandarte, pobre de ti, al otro extremo del mundo!

Y Rzepa, como si estuviese viendo visiones:

-¿Qué te pasa, mujer? ¿Te has tragado algún veneno? ¿Te habrá picado un tábano?

-Nada me he tragado; ningún tábano me ha picado; pero el secretario acaba de irse de aquí y ha dicho que serás soldado y que no lo podrás remediar... ¡Ay de mí! ¡Te mandarán al otro extremo de la Tierra!

Él, entonces, púsose a interrogarla, y todo se lo contó la mujer, omitiendo, sin embargo, el intento de seducción, pues abrigaba el temor de que fuera el Rzepa a decirle al secretario alguna mala palabra o -¡Dios nos asista!- a darle una paliza; todo lo cual no hubiera hecho más que agravar el conflicto.

-¡Eres una boba! -exclamó al fin el marido-. ¿Por qué lloras? No me van a llevar, no; en primer lugar, porque soy demasiado viejo; luego, porque poseo una choza y un poco tierra y te poseo a ti, boba, y a este desdichado cangrejo también.

Y al decir esto señalaba con la mano una cuna en la que el desdichado cangrejo, es decir, un robusto niño de cerca de un año, perneaba de lo lindo y lanzaba unos chillidos capaces de destrozarle a uno el tímpano.

Enjugose la mujer las lágrimas con la punta del delantal y replicó:

-Pero, ¿qué dices? ¿Acaso no sabe el secretario aquello de los papeles que llevaste de un bosque a otro?

Rzepa se rascó la cabeza.

-Es verdad; lo sabe.

Y después de reflexionar unos instantes añadió:

-Iré a hablarle. Quizá no sea tan fiero como lo pintan.

-Sí, ve -dijo la mujer-, y toma un rublo, porque sin dinero nadie se le puede arrimar.

Sacó Rzepa un duro del arcón y fuese en seguida a casa del señor secretario.

Éste, como era soltero, no poseía casa propia; tenía alquiladas dos habitaciones, con entrada aparte, en un edificio de piedra situado a la orilla del estanque. En la primera había por todo ajuar un brazado de paja y un par de botas; en la segunda, que servía a la vez de sala y de dormitorio, se veía una cama que nunca estaba hecha, con dos almohadas sin funda, de las que se salía el plumón; al lado de la cama, una mesa, y encima de ella un tintero, una plumas, los libros del Ayuntamiento, algunas docenas de entregas de la Isabel de España, del editor Breslauer, dos cuellos de camisa sucios, un tarro de pomada, un librito de papel de fumar y, por último, en una palmatoria de hoja de lata una bujía con la mecha negra y retorcida y rodeada de moscas anegadas en la estearina.

Cerca de la ventana veíase colgado un espejo bastante grande, y enfrente de él una cómoda que guardaba el refinado equipo del señor secretario: pantalones de diferentes matices, chalecos de inverosímiles colores, corbatas, guantes, zapatos de charol y hasta el sombrero de copa con que se ataviaba el señor secretario cuando debía ir a Oslowice, la capital del distrito.

En el momento aquel veíanse, además de todo eso, el pantalón y la chaqueta del señor secretario puestos sobre una silla, junto a la cama, y en ésta al mismísimo señor secretario acostado y leyendo una entrega de la Isabel de España, del editor Breslauer.

Su posición -no la del editor Breslauer, sino la del señor secretario- era tan horrible, tan horrible, que se necesitaría la pluma de Víctor Hugo para describirla en todo su horripilante horror. En primer lugar, la herida le causaba un dolor de mil demonios y la lectura de la Isabel de España, que de ordinario constituía uno de sus pasatiempos favoritos y al propio tiempo el mayor consuelo en sus aflicciones, no hacía en aquellos instantes más que agudizar sus sufrimientos, y no sólo sus sufrimientos, sino también el resquemor producido en su alma por el incidente con Kruczek.

Y después tenía un poco de calentura y las ideas se le confundían en el cerebro de un modo lastimoso. Por momentos perseguíanle terribles pesadillas; precisamente estaba leyendo entonces la llegada del joven Serrano a El Escorial, cubierto de heridas, después de su brillante victoria sobre los carlistas. Recíbelo la joven Isabel, pálida de emoción, agitadoísimo el blanco seno, bajo la ligera muselina.

«-¡General! -exclama la reina con temblorosa voz-. ¿Vendréis herido?»

Al leer esto, el desgraciado Zolzikiewicz, creyéndose ser el mismo Serrano en persona, exclamó con voz ahogada:

-¡Ay, ay!... Sí, estoy herido. ¡Perdóneme Vuestra Majestad! ¡Ah, que vuestra Egregia...!

«-Descansad, general; sentaos; ¡contadme vuestras heroicas proezas!»

-Puedo muy bien contároslas, señora; pero no puedo sentarme -exclamó desesperado Serrano-. ¡Ay!... ¡Perdone Vuestra Majestad!... Este maldito Kruczek... Digo, este maldito don José... ¡Ay, ay, ay!...

En este punto, el dolor hace desvanecerse la pesadilla y Serrano mira a su alrededor; sobre la mesa arde la bujía, que chisporrotea porque una mosca bañada en estearina, se está abrasando en la llama; por las paredes circulan otras moscas... ¡Ah, es su aposento, no El Escorial!... La reina Isabel no existe... Ahora el secretario vuelve completamente en sí, incorporase en la cama, moja su pañuelo con el agua de un cántaro puesto debajo del lecho y cambia la compresa de su herida.

Hecho esto, vuélvese de cara a la pared y se queda amodorrado o, por decirlo mejor, sueña medio dormido, medio despierto; sueña que se dirige a marchas forzadas hacia El Escorial.

-¡Mi querido Serrano, amado mío, yo misma voy a curar tus heridas! -exclama la reina.

Y los cabellos se le erizan a Serrano, comprendiendo todo lo crítico de su situación. ¿Era posible no obedecer a la reina? Pero, por otra parte, ¿podría él permitirle aquella escabrosa cura? Un sudor frío baña su frente, cuando de pronto...

De pronto desaparece la reina y la puerta se abre con gran estrépito, apareciendo en el umbral nada menos que don José, el mortal enemigo de Serrano.

-¿Qué quieres tú? ¿Quién eres?

-Soy yo, soy Rzepa -contesta cavernosamente don José.

Y por segunda vez despierta Zolzikievicz de su pesadilla. De nuevo El Escorial se convierte en el edificio de piedra de la orilla del estanque, continúa ardiendo la bujía y otra mosca se está asando, enganchada en la mecha, esparciendo en derredor unas chispitas azuladas. Y de pie en el umbral está el Rzepa de verdad, y detrás de él... -se me cae la pluma de las manos-, detrás de él, entre las hojas de la puerta, se divisa la cabeza y el lomo del perro Kruczek.

Los ojos del monstruo están fijos en el secretario; parecen sonreírle...

Un sudor helado baña esta vez el rostro de Zolzikievicz y una idea terrible le cruza el pensamiento: Rzepa viene a romperle los huesos, y Kruczek...

-¿Qué queréis de mí los dos? -exclama, muerto de miedo.

Pero Rzepa pone un rublo encima de la mesa y murmura con acento humilde y respetuoso:

-Dignísimo señor secretario... Vengo, ¿sabe?, por el reclutamiento.

-¡Vete, vete! -grita con todos sus pulmones el señor Zolzikievicz, que en un momento ha recobrado todos sus sentidos.

Y colérico, rabioso, quiere echarse sobre Rzepa; pero ¡ay!, la herida carlista le hace ver en este instante las estrellas, y cae desplomado sobre las almohadas, lanzando terribles, pero sofocados gemidos:

-¡ Ay, uy, oy!

- III -

La herida aquella se le iba infectando...

Ya estoy viendo a mis lindas lectoras a punto de prorrumpir en llanto, alarmadas por la suerte de nuestro héroe; por esto me apresuro a decir, antes de que ninguna de ellas se desmaye, que no murió de aquélla. Estaba escrito que había de vivir todavía muchos años. De lo contrario, ¿a qué continuar mi narración? Ya hubiera yo roto mi pluma. Pero no, no murió a consecuencia del mordisco; prosigamos, pues, el relato.

Decíamos, pues, que la herida se le iba infectando; pero, inopinadamente, todo aquello vino a redundar en provecho y beneficio del secretario del Ayuntamiento de Barania Glowa. Sucedió la cosa del modo más natural: quitole aquella herida los humores malos de la cabeza, y empezó Zolzikievicz a raciocinar más cuerdamente y a comprender que hasta la fecha no había hecho otra cosa que tonterías. A saber: pereciéndose, como se perecía, por la Rzepowa, y a fe que no era extraño, pues no había mujer igual en cien leguas a la redonda, decidido estaba a desembarazarse de Rzepa. Una vez que el marido fuese soldado, ya podía el secretario cantar victoria; pero ¿cómo lograrlo? No era cosa fácil substituir al hijo del alcalde por el marido de la Rzepowa. Sin duda, un secretario de Ayuntamiento tiene gran poder y Zolzikievicz lo tenía grandísimo entre los secretarios; pero, desgraciadamente, en cuestiones de reclutamiento no era él quien debía fallar en última instancia, sino que intervenía en el asunto la Junta municipal, a más de una Comisión militar, el jefe del distrito y el jefe de Policía, ninguno de los cuales tenía el menor interés en dotar al Ejército y al Estado de un Rzepa en lugar de un Burak. «Inscribirlo en las listas de reclutamiento, ¿y después?» -preguntábase nuestro simpático personaje-. «Se comprobarán las listas; se confrontarán con las partidas de nacimiento, y luego, con lo difícil que sería teparle la boca a Rzepa, se llegaría a divulgar la cosa y ¡adiós destino de secretario!

Movidos por la pasión, los más grandes hombres han cometido mil sandeces; pero toda su grandeza ha consistido precisamente en saber detenerse a tiempo. Y Zolzikievicz se decía a sí mismo que al prometer al alcalde hacer figurar a Rzepa en las listas de reclutamiento había cometido la primera tontería, y que yendo a visitar a la Rzepowa, y embistiéndola junto a la espadilla, había realizado la segunda, y espantándola a ella y al marido con lo del reclutamiento, la tercera. ¡Instante supremo en que un hombre verdaderamente grande se

confiesa a sí mismo: ¡soy un asno! También llegaste para Barania Glowa, bajando en rauda vuelo desde las cumbres donde reina lo sublime, pues Zolzikiewicz se confesó también: «¡Soy un asno!»

Sin embargo, ¿era lícito renunciar a su plan cuando ya lo había regado con sangre de su propio... (en su ardor bélico decía de su propio pecho?) ¿Podía desecharlo cuando le había sacrificado ya un pantalón nuevo, que ni siquiera había pagado al sastre Szul, y una americana que sólo se había puesto a lo sumo un par de veces?

-¡No, no, nunca, jamás!

Bien al contrario, ahora que a sus intenciones respecto a la Rzepowa se unía el deseo de vengarse del marido y de ella, y además de Kruezck, jurose Zolzikiewicz a sí mismo que se tendría por el más fementido mentecato si no se salía con la suya desollando vivo a Rzepa.

Y púsose a estudiar los medios de alcanzarlo, y estuvo reflexionando el primer día, mientras renovaba las compresas, y el segundo, mientras las volvía a renovar, y el tercero, mientras continuaba renovándolas, y... ¿sabéis qué decidió? Pues absolutamente nada.

Al cuarto día, el guardia le trajo de la farmacia de Oslowice una barrita de diaquilón, del que se puso un pegote sobre la llaga, y -¡oh poder milagroso del remedio! -apenas se lo hubo aplicado, exclamó Zolzikiewicz resueltamente. «¡Ya di con ello!» Y, en efecto, con algo había dado.

- IV -

Transcurridos unos días -no recuerdo si cinco o seis-, hallábanse, reunidos en su dormitorio de la taberna de Barania Glowa el alcalde Burak, el regidor Gomula y el Rzepa.

El alcalde alzó su vaso y exclamó:

-¿Acabaréis de disputar por cosas de que no entendéis ni un comino?

-¡Pues yo te digo que el francés no se dejará pegar por el prusiano! -gritó Gomula dando un puñetazo sobre la mesa.

-¡El prusiano, voto al diablo, es muy astuto! -observó Rzepa.

-¿Y qué? ¿Y luego? El turco ayudará al francés, y el turco es el más fuerte.

-¡Que te enredas! El más fuerte es Garubanda (Garibaldi).

-Hoy no has pisado con la pierna derecha. ¿Y de dónde sacas a Garubanda?

-¡Lo saco de donde hay que sacarlo! ¿No has oído decir que navegaba por el Vístula con grandes barcos y numerosas fuerzas? Solamente, a lo que parece, la cerveza de Varsovia no le gustó y se fue a su país, donde hay mejor.

-Estás blasfemando sin ton ni son. Todo prusiano es un judío.

-¡Pero si Garubanda no es prusiano!

-¿Pues qué es?

-Debe ser... el emperador ¡y basta!

-¡Cáspita, qué sabihondo eres!

-No lo eres tú más que yo.

-A ver, pues, ya que lo eres tanto: ¿cuál es el nombre de nuestro primer padre?

-¡Toma, todo el mundo lo sabe! Adán.

-Este es el nombre de pila; ¿pero el apellido?

-¡Hombre..., el apellido...!

-¿Lo ves? Pues yo te lo diré: se llamaba «El Instigado».

-Me parece que no estás bien de la cabeza.

-¿No lo crees? Pues oye:

¡Oh, Estrella del mar, tú que al Señor
criaste con tu sacra leche, signo
eres de la muerte, que en el Hado
injertó el primordial genitor,
nuestro padre Adán, «El Instigado»!

-¿Qué te parece, tengo o no razón?

-Sí, hombre, la tienes.

-¡Dejaos de tonterías y bebed! -dijo el alcalde.

-¿Brindamos?

¡Brindemos!

-¡A tu salud!

-¡A la tuya!

-¡Que Dios Nuestro Señor os colme de felicidad! Apuraron los tres sus vasos; pero como corrían entonces los tiempos de la guerra franco-prusiana, volvió el regidor al poco rato a la carga en sus trece sobre la política. Momentos después exclamó el alcalde:

-¡Bebamos otro trago!

-¡Que Dios os lo pague!

-¡Que Dios os colme de buena suerte!

-¡A vuestra salud! Bebieron los tres otra copa, y como era de ron esta vez, puso Rzepa, después de apurarlo, su vaso sobre la mesa, diciendo:

-¡Como bueno, lo es!...

-¿Quieres otra? -dijo Burak.

Rzepa se ponía cada vez más colorado y Purak íbale añadiendo ron al vaso.

-Y tú, que con una mano te cargas sobre las espaldas un saco de habichuelas, apuesto que tendrías miedo de ir a la guerra -dijo por fin a Rzepa.

-¿Y por qué habría yo de tener miedo? ¡Si hay que batirse, me batiré!

Gomula replicó:

-Unos son pequeños y valientes; otros, altos y cobardes.

-¡No es verdad, yo no soy cobarde!

-¿Quién puede asegurarlo?

-¡Yo! -gritó Rzepa, blandiendo un puño, como una porra-. ¡Y si os suelto un papirotazo con la tranca que aquí veis, os hago polvo en un decir Jesús!

-¡Puede que sí..., puede que no!

-¿Queréis probarlo?

-¡Dejadlo, hombres! ¿Vais ahora a batiros por eso? ¡Ea, es mejor que bebáis!

Otra vez se hicieron llenar los vasos; pero tanto Burak como Gomula sólo mojaron los labios en el ron, mientras que Rzepa se tragó el suyo de un sorbo. Sus ojos brillaron como dos ascuas.

-¡Ahora, a abrazarse! -dijo el alcalde.

Levantose Rzepa, y se echó llorando en brazos del alcalde y de Gomula, cubriéndoles el rostro de besos; prueba evidente de que la bebida había surtido su efecto. Luego púsose a gemir y a quejarse de una ternera pía que hacía unas semanas se le había muerto.

-¡Qué magnífica becerra se me ha llevado Dios! -gemía lastimosamente.

-Mira, no te desesperes -díjole Burak a modo de consuelo-. El secretario acaba de recibir una comunicación del Gobierno en la que se dice que van a repartir el bosque de la Casa señorial entre nosotros los propietarios.

-¡Y es muy justo! -contestó Rzepa -.¿Acaso es el señor quien lo sembró?

Pero volvió luego a sus lamentaciones.

-Como brava sí que lo era mi becerrita. Una vez, mientras mamaba, dio a la madre tal embestida en el vientre, que la hizo retroceder hasta poner sus posaderas por debajo de la barra divisoria del establo.

-Ha dicho el secretario...

-¿Qué me importa a mí vuestro secretario? -interrumpió Rzepa con tono colérico-. Con vuestro secretario pasa como en la copla aquella:

Tanto vale Antonio
como Sempronio.

-¡Déjate de sandeces y bebe!

Otra vez volvieron a beber; lo que pareció consolar a Rzepa, pues volvió a sentarse tranquilamente. Pero de repente se abrió la puerta y apareció la gorra verde, la nariz arremangada y la perilla de macho cabrío del secretario.

Rzepa, que llevaba la gorra hundida hasta el cogote, la echó inmediatamente al suelo, púsose en pie y balbuceó:

-¡Alabado sea Dios!

-¿Está aquí el alcalde?

-Sí, aquí está -contestaron al unísono tres voces.

Acercose el secretario, y Samuel, el judío colono y tabernero, apresurose a traerle un vaso lleno de ron. Lo olió Zolzikievicz, hizo una mueca y sentose junto a la mesa.

Durante unos minutos permanecieron todos silenciosos, hasta que, por último, Gomula rompió a hablar.

-¡Señor secretario!

-¿Qué quiere usted?

-¿Es verdad lo que se dice del bosque?

-Es verdad; pero habréis de firmar todos una solicitud colectiva.

-Yo no firmo dijo Rzepa, a quien, como a todos los labriegos, le repugnaba sobremanera dar su firma.

-Nadie te lo exige tampoco. Si no firmas, nada te darán. Haz lo que te dé la gana.

Púsose Rzepa a rascarse la cabeza mientras el secretario, volviéndose hacia el alcalde y el regidor, dijo con entonación oficial:

-Lo del bosque es verdad; pero cada cual habrá de cercar su parte con una empalizada a fin de evitar toda clase de litigios.

-Esta empalizada vendrá a costar más que todo el bosque entero -observó Rzepa.

El secretario pareció no hacer el menor caso de la observación.

-El Gobierno -continuó diciendo, dirigiéndose al alcalde y al regidor -mandará los fondos necesarios para esta empalizada, y con ello todos ganarán, porque cada uno recibirá cincuenta rublos.

Al oír esto, los ojos de Rzepa relucieron como sólo relucen los ojos de los borrachos.

-Si es así, sí que firmaré. ¿Dónde está el dinero?

-En mi casa -contestó Zolzikievicz-, y aquí traigo el documento.

Sacó del bolsillo un papel doblado en cuatro y lo leyó de cabo a rabo, sin que los labriegos entendieran un ápice de cuanto allí se decía; lo que no obstó para que se regocijasen mucho. Si Rzepa no hubiese estado tan beodo, de seguro que se hubiera percatado del guiño que el alcalde cambió entonces con el regidor Gomula.

Luego que hubo leído, el secretario mostró -¡oh prodigio!- unas cuantas monedas y preguntó:

-¿Quién va a ser el primero?

Firmó el alcalde y luego el regidor, y cuando le llegó el turno a Rzepa, apartó el secretario el documento, diciendo:

-¿Tal vez no quieras firmar? Eres libre de hacer lo que mejor te plazca.

-¿Y por qué no he de querer?

Entonces el secretario llamó a Samuel:

-¡Samuel!

Y Samuel apareció en el marco de la puerta.

-¡Ven tú también y sé testigo de que todo se hace por libérrima voluntad!

Luego, volviéndose otra vez hacia Rzepa, repitió:

-¿Tal vez no quieras firmar?

Pero Rzepa firmó con unas letras largas y deformes casi tan largas y deformes como las piernas del judío Samuel; cogió el dinero, cincuenta rublos, que el secretario le entregó, y poniéndoselos cuidadosamente en el pecho, bajo la camisa, gritó:

-¡Ea, tú, trae más ron!

Después que hubo servido Samuel dos copas de ron a cada uno, apoyó Rzepa los puños sobre las rodillas y quedó como amodorrado, balanceó la cabezota una, dos, tres veces, hasta que se cayó del banco mascullando:

-¡Señor, Dios mío, tened misericordia de mí!

Y se quedó luego profundamente dormido.

.....

La Rzepowa no fue por él, pues demasiado sabía la pobre mujer que cuando su hombre estaba achispado no podía acercársele nadie sin peligro para los propios huesos. Entonces Rzepa era terrible, y, sin embargo, al día siguiente besábale las manos a su mujer pidiéndola perdón y nunca, nunca, la decía una mala palabra estando en su cabal juicio. Pero borracho sucedía con frecuencia que asestaba a la infeliz algún puñetazo en las espaldas o en la cabeza.

Rzepa pasó pues, toda la noche en la taberna y despertó al despuntar el día siguiente, quedando con los ojos y la boca abiertos al percatarse de que no se hallaba en su casa, sino en la taberna, y no ya en el dormitorio de Samuel, sino en la gran sala del piso bajo.

-¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... -exclamó, mirando atentamente en derredor suyo; entraban por la ventana, llena de colores, los primeros rayos del Sol, y junto a la ventana estaba Samuel, envuelto en su camisa mortuoria, con la cabeza fajada con los twylim.

-¡Samuel! ¡Eh! -gritó Rzepa.

Pero Samuel no contestó, ocupado como estaba en sus prácticas religiosas, balanceando el cuerpo, ora hacia adelante, ora hacia atrás.

Entonces se puso Rzepa a hurgarse los vestidos, como es costumbre en los aldeanos cuando han pasado la noche en la taberna, y al dar por fin con el dinero:

-¡Jesús, María! ¿Qué es esto? - exclamó lleno de asombro.

Samuel, que había terminado sus oraciones, quitose la camisa mortuoria y los twylim.

-¡Samuel!

-¿Qué quieres?

-¿Qué dinero es este?

-¿Tan tonto eres que no lo sabes? ¿Has olvidado ya que ayer consentiste en substituir al hijo del alcalde en el sorteo de las quintas, que recibiste ya el dinero y que firmaste el contrato?

Quedose Rzepa lívido como un difunto, arrojó con furia su gorra al suelo, echose luego él encima y empezó a aullar tan recio, que los vidrios retemblaron.

-¡Vete, tú, soldado! -dijo cachazudamente Samuel.

Media hora después llegaba Rzepa ante su choza, y al chirriar la puerta fue oído por su mujer, que en aquel instante estaba en cuclillas ante el hogar, preparando la comida.

-¡Borrachón! -le gritó al verle la Rzepowa, saliéndole al encuentro como una furia.

Pero apenas le hubo mirado, quedose espantada al ver el cambio que en su semblante se había operado.

-Oye, tú, ¿qué tienes?

Entró Rzepa en la cocina; fue a sentarse en el banco, y sin aliento para articular una palabra, quedose inmóvil, con los ojos fijos en el suelo. Pero por último contestó a las reiteradas preguntas de su mujer, poniéndola en un instante al corriente de lo acontecido.

-¡Me han comprado! -balbuceó.

Entonces la Rzepowa estalló en sollozos, con visibles muestras de desesperación, comunicándola luego a su marido, que prorrumpió en gemidos y denuetos, y el crío, desde la cuna, empezó también a chillar y el Kruczek a latir y a aullar; pero tan escandalosa y lastimeramente, que salieron todas las vecinas disparadas, empuñando su cuchara, al umbral de sus casitas, y entre curiosas y espantadas, pusieron a preguntarse unas a otras:

-¿Pero qué les pasa a los Rzepas?

-¿La estará zurrando?

Y mientras tanto gemía la Rzepowa y lloraba a lágrima viva, chillando aún más recio que su marido, al que quería la muy cuitada más que a las niñas de sus ojos.

- V -

Al día siguiente había de reunirse en sesión el Consejo municipal, y todos los regidores acudieron a la casa-ayuntamiento; es decir, todos no: dejaron de asistir los miembros de la nobleza, que, aunque investidos del cargo de concejales, no querían diferir en mucho de los que no desempeñaban cargos edilicios y se limitaban, por lo tanto, a la política inglesa, o sea al abstencionismo, preconizado por el famoso estadista John Bright.

Esto no era óbice, sin embargo, para que la «intelectualidad aristócrata» dejara de ejercer una influencia indirecta, pero decisiva, en los asuntos del Municipio. Cada vez que un regidor perteneciente a la «intelectualidad aristócrata» necesitaba arreglar una de sus cuestiones, mandaba llamar la víspera al señor Zolzikievicz, obsequiábalo en la intimidad de su despacho con licores y cigarros y quedaba arreglada la cosa con la mayor facilidad. Luego servían la cena, a la que se invitaba al señor Zolzikievicz, valiéndose de las más deferentes y cariñosas expresiones: «¡Vamos, siéntese usted, señor Zolzikievicz, siéntese usted!...

Sentábase el señor secretario, y al día siguiente no tenía bastante boca para decirle al alcalde, pero afectando la mayor indiferencia: «Ayer cené con los Miedziszewski, o con los Skorabiewski, o con los Oscierzinski... ¡Jem!... Hay allí una señorita... Ya sé yo lo que significa todo esto...»

Durante la cena esforzabase el señor Zolzikievicz en no apartarse un ápice de los buenos modales, en comer de los más enigmáticos manjares del modo que los comían los demás, y sobre todo en no dejar entrever la satisfacción que le producía la intimidad con tan elevados personajes.

Era, como se ve, un hombre de mucho tacto y que sabía comportarse muy bien en todas partes; de suerte que no sólo conservaba en tales ocasiones su serenidad, sino que tomaba parte activa en la conversación, durante la cual no dejaba nunca de mencionar al «honrado comisario», o a «este excelente jefe de distrito», con quienes había echado unas partidas de

naipes ayer o anteayer a un céntimo el tanto. En fin: que hacía todo lo posible para dar a entender que era como uña y carne de las principales autoridades del distrito de Oslowice. En verdad que alguna vez había observado que mientras él estaba hablando bajaban las señoras de un modo singular los ojos sobre sus platos; pero siempre pensó que la moda así lo exigía. También le había extrañado más de una vez que al acabar la cena, sin aguardar a que él se despidiera, le golpeará el señor de la casa la espalda con la mano izquierda y, alargándole la derecha, le dijese: «Adiós, Zolzikiewicz, hasta la vista; que le vaya bien»; pero presumía el secretario que era también aquella una costumbre de la buena sociedad. Y siempre al estrechar la mano al noble dueño de la casa encontrábase con una cosa que crujía ligeramente al apretón; entonces, con el mayor disimulo, doblaba los dedos, arañando con las uñas la palma de aquella noble mano y retiraba la cosa que crujía; es decir, un billetito de Banco, sin olvidar nunca la invariable frase final:

-¡Oh, señor, no era necesario, entre nosotros!... En cuanto al asunto aquel, quede su merced tranquilo.

Gracias al talento natural del señor Zolzikiewicz y a la ductilidad de su temperamento, los asuntos del Municipio hubieran ido como una seda, a no ser por la porfía del señor secretario al negarse a intervenir en la totalidad de los debates, pues nadie como él sabía de qué modo debían resolverse las cuestiones desde el punto de vista legal. Sólo en determinados casos se creía en el deber de pedir la palabra; pero cuando el debate no había sido precedido de un billetito de Banco puesto en circulación del modo que sabemos, dejaba la discusión al libre criterio del Consistorio y permanecía sentado, impasible y silencioso, sembrando el mayor desasosiego entre los regidores, que se sentían en tales trances sin cerebro, como quien dice.

Entre los nobles terratenientes, uno sólo, el señor de Floss, el rico colono de Male Postepowice, había asistido al principio, en calidad de regidor, a las sesiones del Ayuntamiento, pues era el único que opinaba que la «intelectualidad aristócrata» debía intervenir en ellas. Pero se encontró con la hostilidad de todo el mundo; los nobles afirmaban que el señor de Floss debía de ser un «rojo», y los labriegos, por otro lado, con el democrático sentimiento de su propia nulidad, encontraban que el sentarse en el mismo banco que ellos constituía desdoro para un señor, diciendo para probar su aserto «que los otros señores no lo hacían». En realidad, los aldeanos tenían ante los ojos al señor de Floss porque no era un señor entre los señores. Por otra parte, tampoco Zolzikiewicz le tenía mucha voluntad; pues, no sólo no había buscado nunca el de Floss atraerse las simpatías del secretario con el consabido cebo del billetito, sino que hasta una vez, en plena sesión, le había impuesto silencio, valido de su calidad de concejal. Por todas estas razones era el rico colono muy mal querido de sus compañeros de Consistorio, malquerencia que dio lugar un día a un incidente mortificante. Estando una mañana reunidos en sesión, uno de los regidores, sentado al lado del de Floss, exclamó escuetamente y sin rodeos, acalorado por ciertas discusiones personales:

-¿Por ventura el señor de Floss es un señor? El señor Oscierzinski sí lo es, y el señor Skorabiewski también; pero ese Floss no es más que un colono enriquecido.

Al oír esto el interesado -que precisamente en aquellos días acababa de comprar Krucha-Wola-, prorrumpió en denuestos y maldiciones y mandó todo al diablo, dejando desde aquel día la administración municipal al cuidado exclusivo de los lugareños.

Toda la nobleza declaró, con rara unanimidad, «que se lo tenía bien merecido», no sin invocar al propio tiempo, como prueba y justificación de los principios abstencionistas, uno de los refranes salidos de la profunda sabiduría popular, y según el cual nada en el mundo es capaz de hacer a los aldeanos mejores de lo que son.

Libre de este modo el Municipio de la intervención de la «intelectualidad aristócrata», pudo administrar y resolver los asuntos sin la fiscalización de una más elevada autoridad, con la sola ayuda de la sana razón de Barania Glowa, sana razón que debía bastarle y sobrarle, en virtud del mismo principio, según el cual la sana razón de París le basta y le sobra a París. Y luego, ¿no es cosa probada que el buen sentido práctico, o lo que se ha convenido en llamar «la sana razón del campesino», vale por sí solo mucho más que todas las facultades adquiridas por la inteligencia? Y por otra parte, ¿quién será capaz de poner en duda que todos los campesinos, sin distinción, nacen provistos de tan portentoso don natural?

Estas verdades no tardaron en quedar completamente demostradas en el pueblo de Barania Glowa. Durante la sesión de que hablamos al comenzar el presente capítulo fue leído un documento administrativo en que se pedía dictamen sobre «si debía el Ayuntamiento reparar a sus expensas el camino vecinal que iba a Oslowice, en todo el recorrido que caía dentro del término municipal de Barania Glowa». No fue la tal proposición del agrado de la mayoría de los padres conscripti allí reunidos, uno de los cuales llegó a emitir la luminosa opinión de que era completamente inútil gastar dinero en la reparación de la carretera desde el momento en que se podía muy bien pasar por el prado del señor Skorabiewski. No es aventurado afirmar que, de asistir el señor Skorabiewski a la sesión, hubiera puesto algunos reparos a aquel pro publico bono; pero estaba ausente, aferrado a los principios de abstencionismo, y es indudable que el dictamen del radical regidor hubiera sido aprobado por unanimidad si el señor secretario no hubiese estado a cenar la víspera en casa del señor de Skorabiewski y no le hubiese contado la hija, la señorita Yawiga, la escena del estrangulamiento de los dos generales españoles en Madrid, escena que había leído recientemente en la Isabel de España, del editor Breslauer, y si además al despedirlo el noble dueño de la casa no le hubiese puesto en la mano el consabido billetito de Banco. Pero el honrado secretario no podía faltar a sus compromisos, y antes de consignar en acta la proposición del resuelto regidor dejó la pluma sobre el pupitre, señal evidente de que iba a pedir la palabra.

-El señor secretario quiere decir algo -exclamaron varias voces.

-Quiero decir que sois unos sandios -dijo con gran cachaza Zolzikiewicz.

Tal es el poder de la verdadera elocuencia parlamentaria, aun reducida a su más mínima expresión, que inmediatamente después de aquella interpelación -que al fin y al cabo no era más que una protesta contra aquel parecer y, en general, contra la política del cuerpo administrativo de Barania Glowa- todos los miembros del mencionado cuerpo

administrativo empezaron a mirarse llenos de zozobra y a rascarse el noble órgano del pensamiento; acto que siempre era indicio en ellos de que penetraban en el fondo de las cosas.

Por fin, después de un prolongado silencio, uno de los regidores exclamó con acento interrogador:

-Vamos a ver, ¿y por qué?

-Porque sois sandios.

-Así debe ser -dijo una voz.

-El prado es el prado -añadió otro.

-Y bien se puede pasar por él en primavera -asintió un tercero.

En resumidas cuentas, que fue rechazada la enmienda relativa al prado y se votó el proyecto del Gobierno, acordando la manera de contribuir a las costas en la reparación de aquel camino a tenor de las instrucciones gubernativas. Tan arraigado estaba el sentimiento de la justicia en el alma del cuerpo legislativo de Barania Glowa, que nadie se atrevió a escatimar la parte que le correspondía en las cargas inherentes a aquella mejora; nadie, a excepción del alcalde y del regidor Gomula, quienes, en compensación, prestaronse a inspeccionar los trabajos para que se realizasen con la mayor rapidez posible.

Justo es consignar, sin embargo, que semejante desinteresado servicio, por parte del alcalde y del regidor Gomula, suscitó -como suele suscitar toda virtud que se sale de lo común- una explosión de celos en los demás miembros del Consejo municipal, y aun hubo una voz que formuló la más enérgica e irritada protesta:

-¿Y por qué no habéis de pagar vosotros?

-¿Y qué necesidad tenemos de gastar dinero inútilmente, ya que lo que deis vosotros bastará? -replicó Gomula.

Era aquel un argumento que, a mi juicio, no sólo «la sana razón» de Barania Glowa, sino la de cualquier otro lugar, hubiera sido incapaz de refutar, y tanto es así, que la voz protestante enmudeció de pronto y sólo se la volvió a oír al cabo de un instante para decir en tono de profundo con vencimiento:

-Si bien se mira, es verdad.

Quedó, pues, terminado el asunto, y ya se disponían a pasar a otro, cuando de improviso, y sin ninguna clase de miramientos, entraron en la sala de sesiones, por la puerta entreabierta, dos orondos lechoncillos corriendo como locos, y empezaron a pasear, sin motivo alguno razonable, de un extremo a otro de la pieza, cuando no se metían, chillando y gruñendo, por entre las piernas de los contrariados regidores.

Las deliberaciones del Consistorio se vieron, como es natural, interrumpidas; todo el cuerpo legislativo se puso como un solo hombre a perseguir a los intrusos, y durante unos momentos no se oyó más que imprecaciones, denuestos y maldiciones. Mientras tanto, habíanse refugiado los lechoncillos entre las piernas del señor Zolzikiewicz, manchándole de verde un soberbio pantalón de color de arena, manchas que después, una vez secas, no le fue posible quitar, a pesar de haber empleado para ello jabón de glicerina y su propio cepillo de los dientes.

Merced, empero, a la energía y serenidad de que dieron prueba en aquel trance, como en tantísimos otros, los representantes de los intereses morales y materiales de Barania Glowa, fueron agarrados, al fin, los lechoncitos por las patas traseras y echados a la vía pública, a pesar de sus escandalosas protestas. Realizada ya aquella operación, púdose finalmente, y sin más contratiempos, entrar en el orden del día.

Figuraba en ella, precisamente, la querrela del labriego Sroda contra el señor Floss, el rico colono de quien hemos hablado más arriba. He aquí el nuevo motivo de la querrela: los bueyes de Sroda habían pasado una noche entera en el prado del señor de Floss, hartándose de trébol hasta reventar; y no es esto una exageración, pues al día siguiente por la mañana dejaron los bueyes de Sroda este valle de lágrimas y de miserias para irse a otro mundo mejor, al otro mundo... de los bueyes. Y desesperado el pobre Sroda, fue corriendo a hacer el fúnebre relato al Consejo municipal, implorando de él protección y justicia.

El Consejo, después de haber profundizado en la cuestión con su peculiar sagacidad y competencia, adquirió el pleno convencimiento de que, si bien Sroda había dejado expresamente sus bueyes en el trébol del señor de Floss, no era menos evidente que si, en vez de aquel «asco de trébol», hubiese sembrado el propietario avena o trigo candeal, todavía gozarían los bueyes de la más floreciente y risueña salud, y no hubieran sido víctimas de aquellos tremendos ataques de hinchazón que los condujeron al sepulcro. Partiendo de aquella premisa mayor y siguiendo la menor, tan lógica como estrictamente jurídica, resolvió el Consejo que en cualquier caso no podía ser imputada a Sroda la muerte de los bueyes, sino más bien al señor de Floss. Por consiguiente, éste debía pagarle los bueyes a Sroda, y satisfacer además al Municipio -como medida preventiva para el porvenir- la suma de circo rublos, que irían destinados a la partida de gastos de la alcaldía. Y de negarse el de Floss a satisfacer tal cantidad, cobraríala el Municipio del peculio de su arrendatario, el judío Icko Ywejnós.

Terminado este asunto, pusiéronse sobre el tapete diferentes cuestiones de índole civil, cuyas cuestiones, según le interesaran más o menos al genial secretario, fueron aprobadas libremente, después de pesarlas en las balanzas de la más pura justicia, balanzas colgadas del clavo de la «sana razón» de los regidores de Barania Glowa. Gracias, pues, a la apatía del señor Zolzikiewicz, así como al principio inglés del abstencionismo, con tanto tesón sustentado por la «intelectualidad aristócrata» de Barania Glowa, y del que suficientemente hemos hablado ya, el acuerdo general y la unanimidad se vieron rara vez turbadas, pues no vale la pena de mencionar las invocaciones a un mal rayo, a la peste bubónica, a la rotura de los huesos y a la putrefacción de la sangre que en forma de sinceros votos y cordiales deseos se oyeron en los labios de las partes litigantes y aun de los mismos jueces.

Y gracias también al inestimable principio del abstencionismo -al menos tal es mi opinión- podíanse resolver todas las querellas de modo que todo el mundo, así el que perdía como el que ganaba, tuviera que pagar siempre sumas de dinero relativamente crecidas, sumas destinadas a sufragar los gastos de «secretaría». Esto favorecía por un lado la tan anhelada independencia de las instituciones municipales, la del alcalde y la del secretario, sobre todo, y por el otro ofrecía la posibilidad de hacer perder a las gentes la afición a los litigios y a los pleitos, y elevar así el nivel moral del municipio de Barania Glowa hasta la cumbre de la perfección, perfección que en vano soñaron los filósofos del siglo XVIII. Es también digno de notarse, y en eso soy imparcial, que el señor Zolzikiewicz sólo escribía en los libros la mitad de las cantidades recaudadas para «fondos de secretaría», mientras destinaba la otra mitad al capítulo de «gastos imprevistos», de que hacían uso el señor secretario, el alcalde y el regidor Gomula.

Por último, llegado que hubo el turno a la discusión de las causas criminales, mandaron al alguacil con la misión de hacer comparecer a los inculcados ante la faz e la justicia. No necesito decirte, lector amable, que se había adoptado en Barania Glowa el más novísimo de todos los sistemas penitenciarios y el más adaptado a las exigencias de la civilización: hablo del sistema celular. Ninguna mala lengua puede abrigar de ello la más ligera duda, y todavía hoy cualquiera puede convencerse de que en la pocilga del alcalde del Ayuntamiento de Barania Glowa, o sea en el establo donde se albergan sus cochinos, existen cuatro departamentos. Es en ellos donde tenían a los prisioneros en compañía de aquellos personajes de quien se dice en cierta Zoología para uso de la juventud: «El cerdo es un animal muy renombrado a causa de su suciedad», etc.; compañía, por otra parte, que no les privaba de entregarse a toda suerte de meditaciones y reflexiones sobre el delito cometido y de hacer los más firmes propósitos de enmienda.

Fue, pues, el alguacil inmediatamente a la mencionada prisión celular con la misión de conducir ante los jueces, no a dos prisioneros, sino a un prisionero y a una prisionera, de lo cual fácilmente puede deducir el lector de qué índole escabrosa y profundamente psicológica eran a veces las cuestiones que debía juzgar el tribunal municipal de Barania Glowa. Y, en efecto, ardua y delicada entre todas era la cuestión que se iba a debatir.

Cierto Romeo, llamado por buen nombre Wach Rechnio, y cierta Julieta, llamada por buen nombre Baska, estaban viviendo juntos en un cortijo, él en calidad de mozo de labranza y ella como moza de corral, y, ¿por qué ocultarlo?, pusiéronse a quererse con tal vehemencia, que ya no les fue posible vivir el uno sin la otra, y viceversa. Pero ¡ay! muy pronto la serpiente de los celos fue a morder en el pecho de la Julieta al percatarse ésta un día de que su Romeo conversaba harto prolijamente con Yagna, la moza de cántaro del cortijo. Desde entonces la infortunada Julieta no pensó más que en sorprender a su Romeo. Una vez que éste regresó del campo a deshora, según el parecer de Julieta, haciéndose servir su comida apenas llegado, prodújose un estallido, a consecuencia del cual trabáronse de palabras, llegando por fin a propinarse mutuamente toda una serie de puñetazos y golpes de cucharón. Visibles eran todavía las señales, tanto en el acardenalado e ideal semblante de la dulce Julieta, como en la agrietada frente del apuesto y gallardo Romeo. Y ahora iba el tribunal a decidir de qué lado estaba la culpa y quién de los dos debía pagar por daños y

perjuicios, tanto por el amor mentido, como por las consecuencias del escándalo, la suma de setenta y cinco kopekas en plata.

El hálito emponzoñado del Occidente no había logrado todavía corromper la pura esencia del recto espíritu de los miembros de aquel tribunal; por lo cual, despreciando desde lo más profundo de su alma la emancipación de la mujer como absolutamente contraria al carácter idílico de los esclavos, el tribunal de referencia concedió la palabra primero a Romeo, quien, sosteniéndose con ambas manos los magullados hocicos, rompió a hablar de este modo:

-¡Respetable tribunal! Esa mala pécora no me deja un instante quieto; vengo, como todas las tardes, para tomar mi merienda, y ella: «Tú, perro faldero», dice, «el señor amo está todavía en la hacienda ¿y tú ya estas aquí? Y ahora, a echarte en tu rincón de la estufa y a guiñarme el ojo para que rabie, ¿eh?» Yo no la he guiñado nunca el ojo, pero desde que me vio con la Yagna, la criada del cortijo, cuando la ayudaba a sacar su cántaro del pozo, desde entonces está hecha una endemoniada. Echóme la escudilla sobre la mesa; se derramó casi toda la comida, y aun no me dejó zampar la que quedaba, gruñendo y pateando como una fiera. «¡Tú, hijo de mero», decía, «inclusero; tú, sufragáneo» Al oírme llamar «sufragáneo» me levanté y fui a darle un mojiçón en los morros, pero nada más que para desfogar la rabia y ella me lo devolvió con su cucharón.

Al llegar a este punto de la declaración la angelical Julieta no pudo ya dominarse y, cerrando el puño, púsole bajo las narices de su Romeo, gritando con estentórea voz:

-¡Mientes, mientes y mientes! ¡Y ladras como un perro!...

Luego, rebosándole amargura el corazón, púsose a derramar amargas lágrimas y, dirigiéndose al tribunal, empezó a vociferar en estos términos:

-Respetables jueces: soy una pobre huérfana, ¡oh, Dios mío, tened piedad de mí! No fue junto al pozo donde me lo encontré con Yagna. ¡Mal arañazo les quite la vista a los dos! ¡Bergante, desvergonzado! ¿No me has dicho más de una vez que me querías hasta el punto de no poder aguantar las ganas de pellizcarme? ¡Que se pudra el zopenco! ¡Que se le quede la lengua como una estaca! ¡No era con el cucharón con lo que debía darle, pobre de mí, sino con un pedernal! El Sol tenía aún para rato de zambullirse en el ocaso, y hételo ya a éste que se llega a casa y que empieza a armar bronca para que se le dé de comer. Y yo que le digo con muchísima educación: «Tú, cara de bandido. ¿El señor amo está todavía en la hacienda y ya estás tú aquí?» Pero «sufragáneo» no se lo llamé, tan cierto como que he de morirme. ¡Ah, mal rayo!..

Aquí el alcalde interrumpió a la inculpada y la llamó al orden, haciéndola una observación en forma de pregunta:

-¿Callarás la lengua una vez, descarada?

Reinó de pronto un gran silencio, durante el cual púsose la mesa a meditar sobre la pena que procedía aplicar a los delincuentes, y -¡oh penetración, oh delicadeza!- no le fue impuesta a ninguna de las partes la multa de setenta y cinco kopekas, sino que, para

salvaguardar el prestigio del tribunal y dar al propio tiempo un ejemplo a todas las parejas de enamorados de Barania Glowa, condenó a los dos inculpados a pasar otras veinticuatro horas en su respectiva celda de la pocilga y a pagar cada uno un rublo de plata a la «secretaría».

«De Wach Rechnio y de Baska Yabianka, para la alcaldía, cada uno medio rublo de plata», apuntó el señor Zolzikiewicz.

Terminada la sesión, levantose el señor secretario, estirose el pantalón de color de arena y tiró hacia abajo del chaleco morado; tomaron los regidores cada uno su gorra y su látigo, y disponíanse todos a salir, cuando la puerta, que había sido cerrada cuidadosamente después de la invasión de los lechoncillos, se abrió de par en par y aparecieron en el marco Rzepa, sombrío como una noche nublada, y tras él su mujer y el perro Kruczek.

Estaba la Rzepowa pálida como una difunta; las delicadas facciones de su rostro encantador revelaban ahora una gran tristeza, como bañada de resignación; sus grandes ojos negros estaban arrasados en lágrimas, que le saltaban de vez en cuando, resbalando por sus mejillas.

Al penetrar en la Alcaldía, el aspecto de Rzepa era altivo y arrogante; pero en cuanto se vio en presencia de todos los miembros del Consejo quedose todo confuso y sólo pudo articular en voz muy baja:

-¡Alabado sea Dios!

-¡Por todos los siglos de los siglos! -contestaron, a coro, los regidores.

-Y vosotros ¿qué queréis? -preguntó con acento amenazador el alcalde, que al principio se había turbado un tanto; pero que ya había recobrado toda su presencia de ánimo-. ¿Tenéis, acaso, alguna cuestión que resolver? ¿Os habréis pegado, o qué?

Y precisamente cuando nadie lo esperaba intervino el secretario:

-¡Dejadle hablar! -dijo.

Rzepa empezó:

-Respetables jueces...

-¡Aguarda, aguarda un poco! -interrumpió con viveza su mujer-. ¡Déjame hablar a mí y estate quieto!

Y después de enjugarse las lágrimas y la nariz con la punta del delantal, contó toda la historia con temblorosa voz. Pero ¡ay! ¿adónde había venido? La infeliz había venido a presentar sus quejas al alcalde y al secretario. ¿Contra quién? ¿Contra el secretario y contra el alcalde! «Lo enredaron», dijo la Rzepowa; «le prometieron un bosque si firmaba, y firmó; le dieron cincuenta rublos, y como estaba borracho, no se dio cuenta de que vendía

su suerte, la mía y la de nuestro niño. Estaba borracho, respetables jueces, borracho perdido, como una persona dejada de la mano de Dios», continuó sollozando la muy cuitada, «y cuando se está de esta conformidad, ¿sabe uno lo que se hace? Muy bien sabe el tribunal que no; por eso, cuando alguien hace algo hallándose beodo, se le perdona, porque se dice: como sabía lo que se hacía». ¡Misericordia divina! ¿Acaso puede un hombre cuerdo y en su cabal juicio vender su suerte por cincuenta rublos? ¡Ah, tened compasión de hombre, tened compasión de mí y de nuestra inocente mi criatura! ¿Qué será de mí, desgraciada, sola en el mundo, sin él, sin mi pobre maridito desgraciado?... ¡Oh, Dios Nuestro Señor os lo recompensará con creces... os premiará por todo el bien que hayáis hecho a los desgraciados!...»

Al llegar aquí los sollozos le cortaron la voz, y también Rzepa lloraba, sonándose a cada momento los mocos con los dedos, y los regidores, con la boca abierta, se miraban unos a otros, miraban al alcalde y al secretario y permanecían atónitos.

Pero la mujer recobró sus fuerzas y continuó:

-El pobre muchacho anda como loco de remate, como si le hubiesen dado un bebedizo: «Te mataré», dice, «mataré a nuestro hijo, pegaré fuego a la casa, pero no iré, no iré... ¿Qué mal he hecho yo, triste de mí, desgraciado? ¿Qué mal ha hecho nuestro niño?» Y de nada se ocupa ya, ni de sus quehaceres, ni de su hoz, ni de su hacha; metido se queda dentro de la choza y suspira, suspira...; pero a vuestro juicio me atengo, porque tenéis a Dios en el corazón y no podéis permitir que se nos cause tan grave daño... ¡Jesús de Nazareth! ¡Virgen Santísima de Chestochowa, ayúdanos, protégenos!...

Y durante unos instantes volvió a reinar el silencio, escuchándose tan sólo los sollozos de la Rzepowa, hasta que se oyó gruñir al más anciano de los regidores.

-No está bien emborrachar a un hombre para luego comprarlo...

-No está muy bien que digamos... - gruñó otro.

-¡Que Dios y su Santísima Madre os bendigan! -exclamó la Rzepowa, cayendo de hinojos en el umbral.

El alcalde estaba confuso y Gomula también, y los dos no hacían más que mirar al secretario, que permanecía impasible. Pero éste, apenas hubo terminado la Rzepowa, dijo en tono pontifical a los gruñidores concejales.

-¡Sois unos imbéciles!

Un silencio de muerte reinó en la sala, y el secretario continuó:

-Escrito está en letras de molde que quien se compromete en un contrato voluntario ha de ser juzgado por un tribunal marítimo, y ¿sabéis, estúpidos, lo que es un tribunal marítimo? ¡Qué habéis de saber, sandios y mentecatos!.. Pues un tribunal marítimo es...

Sacose el pañuelo de la faltriquera, frotose con él las narices y continuó con calma y voz protocolaria:

-El que no sepa lo que es un tribunal marítimo que no se entrometa en tales asuntos, porque, de lo contrario, todo eso puede costarle el pellejo. Cuando se da con uno que consiente en firmar, para nada tienen que meterse los demás en ello; cerrado está el trato y firmado el contrato, y con testigos; ¿qué más queréis? Así se entiende en jurisprudencia, y el que no lo crea que lo vea en los artículos del código y en el enjuiciamiento. Y si se hace bebiendo, ¿qué le importa a nadie? ¿Acaso no bebéis nunca vosotros, imbéciles, que no hacéis más que beber siempre y en todas partes?

Si la Justicia en persona, con la balanza en una mano y la espada desenvainada en la otra, se hubiese aparecido en aquel instante, de repente, por detrás de la estufa a los regidores, de seguro que no se hubieran sentido éstos tan anonadados como al oír pronunciar aquellas terribles palabras «enjuiciamiento», «artículos», «jurisprudencia»... Durante unos instantes reinó en la asamblea un profundo y embarazoso silencio, que, por último, se atrevió a romper el regidor Gomula; quien, con todos los ojos puestos encima, a causa de su singular osadía, dijo con voz cavernosa:

-Es muy verdad. ¿Vendes un caballo?, pues a beber. ¿Vendes un buey?, pues a beber. ¿Vendes un marrano, a beber siempre; es la costumbre.

-Y así bebimos también, como se suele hacer siempre -añadió el alcalde.

Entonces los regidores, encarándose insolentemente con Rzepa, exclamaron:

-¡Ya que te echaste de beber, bétetelo!

-¿Eres un mocoso todavía? ¿No sabes aún lo que te haces?

-¡Después de todo, no creas que te van a cortar la cabeza!

-¡Y cuando vayas al servicio puedes tomar un mozo de labranza, que haga tus veces en el campo y en tu casa, con tu mujer!

La asamblea empezaba a regocijarse, cuando de pronto volvió el secretario a abrir la boca y de nuevo se hizo un gran silencio.

-Y vosotros ni siquiera sabéis en lo que debéis y en lo que no debéis inmiscuirlos. Una cosa en la que tenéis la obligación de intervenir es en esto: Rzepa ha amenazado de muerte a su mujer y a su hijo y ha prometido incendiar su propia casa, y eso sí que no lo podéis consentir; ya que la Rzepowa ha venido a presentaros sus quejas, no la dejéis marchar sin hacerla plena justicia.

-¡Es mentira, yo no soy la que me quejo! -exclamó con desesperación la Rzepowa-. ¡Nunca me ha hecho mi hombre el menor daño! ¡Oh, Jesús mío! ¡Oh, dulces llagas de Jesús Crucificado! ¿Llega acaso el fin del mundo?

Un estremecimiento recorrió todo aquel cuerpo legislativo, y el resultado de toda aquella conmoción fue que, a fin de proteger y asegurar la vida de la Rzepowa, sería encerrado su marido durante dos días en la pocilga celular, y para que no volvieran a apuntarle en el cerebro tan peregrinas ideas, condenósele a pagar a la «secretaría» dos rublos y medio de plata.

Mas púsose Rzepa a bregar como un loco de remate y a gritar que no entraría en la pocilga, y que en cuanto a la multa que le habían impuesto, no sólo entregarla los dos rublos sino los cincuenta que el alcalde le había dado. Y así diciendo, los arrojó todos al suelo, gritando:

-¡Que el que los quiera los coja!

Armore entonces una baraúnda de mil diablos; quiso el alguacil agarrar a Rzepa para llevárselo, pero éste le contestó con un terrible puñetazo, a lo que contestó el alguacil echándole mano a los cabellos. Púsose la Rzepowa a chillar desaforadamente, hasta que un regidor fue a cogerla por el cogote y la puso de patitas en la calle, no sin haberle propinado antes una vigorosa puñada en la cintura, mientras los demás ayudaban al alguacil a arrastrar al Rzepa por los cabellos hasta la pocilga.

Entretanto, el secretario inscribía en los libros municipales: «Recibo de Lorenzo Rzepa un rublo y veinticinco kopecas para la alcaldía.»

En cuanto a la Rzepowa, iba camino de su choza medio desfallecida, sin ver apenas nada, tropezando en todos los guijarros del camino, retorciéndose las manos por encima de la cabeza y sollozando perdidamente.

Y el alcalde, que tenía buen corazón, dijo al regidor Gomula, mientras se encaminaban a la taberna:

-No puedo con ello; le tengo lástima a esa mujer. Les pondré un cuarto de almud más de guisantes, ¿no te parece?

- VI -

El lector habrá comprendido ya, sin duda, y apreciado en su justo valor el genial plan de nuestro simpático héroe. El señor Zolzikiewicz había logrado dar, como quien dice, jaque mate a Rzepa y a su mujer. Inscribiendo al gallardo mocetón en las listas de reclutamiento, nada absolutamente se hubiera logrado; pero eso de emborracharlo y arreglar las cosas de manera que él mismo firmara el contrato y aceptase el dinero constituía una habilidad de las más ingeniosas; habilidad que, si enturbiaba y aun enmarañaba ligeramente la cuestión, no dejaba de demostrar, sin embargo, qué importantes papeles era capaz de desempeñar en el mundo el señor Zolzikiewicz, por poco que las circunstancias le fueran propicias. El alcalde, dispuesto como estaba a desembolsar sus ochocientos rublos, es decir, toda la

calderilla de que disponía, para redimir a su hijo, acogió aquel plan con un júbilo tanto mayor, cuanto que el señor secretario, modesto, al par que genial, sólo había pedido para arreglar la cosa la miserable suma de veinticinco rublos. No era, no, la codicia la que había impulsado al señor Zolzikiewicz a aceptar aquel dinero, como no era tampoco la codicia la que le inducía a repartir con Burak la mitad de lo que en la «secretaría» se recaudaba. La razón de ello -no hay más remedio que confesarlo- era que constantemente tenía cuentas pendientes con Szul, el sastre de Oslowice, el cual proveía a toda la comarca de indumentaria a la última moda de París».

Y puestos ya en el terreno de las confesiones, revelaremos, asimismo, el porqué del empeño del señor Zolzikiewicz en vestirse con tantísima elegancia. Indudablemente, a ello contribuía en gran parte su refinado instinto estético; pero había otra cosa más importante, y era que el señor Zolzikiewicz estaba enamorado. No vaya el lector a creer que el objeto de su amor fuese la Rzepowa, no; la hermosa aldeana sólo despertaba en él cierto «apetito», según había declarado él mismo en cierta ocasión; pero además de esta clase de «apetitos» el señor secretario era capaz de sentir afectos más sublimes y complicados. Las lectoras y tal vez también los lectores habrán ya adivinado, sin duda, que la meta de tan delicados sentimientos no podía ser otra más que la señorita Yadwiga Skorabiewska. Muchas veces, cuando la plateada Luna aparecía en el horizonte, tomaba el señor Zolzikiewicz su acordeón, instrumento que manejaba con bastante destreza, y sentado en el banco que había delante de su casa, con los ojos vueltos hacia la señorial morada, entonaba estas estrofas, acompañándose con el melancólico instrumento:

Desde que nace la aurora
hasta el triste anochecer,
mi corazón gime y llora;
y de noche, en mil suspiros,
que el dolido pecho lanza,
se consume mi querer:
es mi amor sin esperanza.

Y en el poético silencio de la noche su voz volaba hacia la casa señorial, y después de unos instantes añadía el señor Zolzikiewicz como un prolongado sollozo:

¡Hombres, hombres, hombres, de corazón petrificado,

que la existencia de un doncel habéis emponzoñado!

Si se atreviese alguien a acusar al señor Zolzikiewicz de sentimentalismo le diría yo resueltamente que se equivoca; aquel gran hombre estaba dotado de demasiado buen sentido para ser sentimental. En sus ensueños siempre tomaba la señorita Yadwiga las facciones de la reina Isabel, y él, las de Serrano o las de Marlof. Pero como la realidad y el ensueño son dos cosas muy distintas, aquel hombre de férreo carácter estuvo a punto varias veces de revelar sus sentimientos, sobre todo una tarde, al ver tendidas, puestas a secar, unas enaguas con las iniciales Y. S. y una corona, que inmediatamente reconoció. Entonces,

decidme, ¿quién habría podido dominarse? No; él no pudo, y acercándose a las enaguas, cogió una de ellas y la cubrió de ardientes, de apasionados besos, lo cual fue visto por una criada, llamada Malgoska, que se apresuró a transmitir la noticia al alcázar, diciendo que el señor secretario se había sonado las narices con las enaguas de la señorita. Por fortuna, nadie la dio crédito y el amor del señor secretario continuó secreto para todos.

¿Acariciaba, al menos, una esperanza? No se lo echés en cara, querido lector; sí, acariciaba una esperanza. Cada vez que iba a la casa señorial una voz interna -tenué, es verdad, pero muy persistente- le susurraba: «¿Y si la señorita Yadwiga fuera hoy a pisarte el pie con el suyo por debajo de la mesa, durante la cena?» «¿Que vayan enhoramala los zapatos de charol!», se contestaba él con la magnanimidad propia de los verdaderos enamorados.

Mil y mil cosas había leído en las publicaciones del editor Breslauer de semejantes apretones y pisotones; pero no sólo no había rozado nunca la señorita Yadwiga su pie con el de él, sino que, ¡oh misterio del alma femenina!, siempre miraba al secretario cual si contemplase un gato, una fuente, una cuchara o cosa parecida. Y, sin embargo, ¡cuánta fatiga se daba el infeliz por llamar su atención! Más de una vez, en el momento de hacerse el nudo de la corbata de fantásticos colores, o de ponerse un pantalón nuevo de listas quiméricas, había dicho: «¡Hoy sí que no podrá menos de fijarse en mí!» Si hasta el sastre Szul, al entregarle el traje, le había dicho: «Con un pantalón así puede usted presentarse en todas partes, hasta en casa de una condesa.» Pero, ¡quíá!, estaba ya él en el comedor para la cena, y aparecía la señorita Yadwiga, como siempre, altiva, inmaculada y casta como una reina, con su traje de volantes susurrantes; se sentaba; tomaba la cuchara entre sus gráciles dedos, y ya ni siquiera alzaba los ojos. «¿No llegará jamás a comprender todo lo que esto me cuesta?», pensaba Zolzikiewicz, en el colmo de la desesperación.

Y, sin embargo, no perdía por completo la esperanza. «Si lograrse un destino de subinspector -se decía-, podría permanecer siempre en la casa señorial, y de subinspector a inspector no hay más que un paso. Tendría yo entonces coche y caballos, y quién sabe si no acabaría un día la joven por estrecharme la mano por debajo de la mesa...» Y dando rienda suelta a sus pensamientos, volaba el señor Zolzikiewicz por los espacios infinitos, haciendo mil conjeturas sobre aquellos elocuentes apretones... Pero no divulguemos las secretas elucubraciones de su exaltada fantasía.

Lo que mejor prueba el rico temperamento con que había dotado la Naturaleza al señor Zolzikiewicz es la facilidad y frescura con que alimentaba en su pecho, juntamente con su amor ideal por la señorita Yadwiga -sentimiento que respondía a sus disposiciones aristocráticas-, su «apetito» igualmente significativo por la Rzepowa. Verdad es que la tal Rzepowa era lo que se llama «una real moza»; pero no la hubiera requebrado y perseguido tanto el don Juan Tenorio de Barania Glowa de no tropezar con la singular resistencia de la hermosa lugareña, resistencia que bien merecía un castigo. ¿Era posible tolerarlo? ¿Resistírsele una simple aldeana a él, al señor secretario? Con su inaudita audacia, la Rzepowa ofrecía, pues, al concupiscente galán un atractivo doble: el excitante afán de coger el fruto prohibido y el candente placer de la venganza. El incidente con el perro Kruczek había agravado extraordinariamente la situación; de tal modo, que ya no pensaba el secretario más que en vengarse. Y después de mucho cavilar, sabiendo muy bien que su

víctima procuraría defenderse, acabó por imaginar aquel contrato voluntario entre Rzepa y el alcalde, que ponía en sus manos la suerte del joven aldeano y la de su familia.

Con todo, después de la escena ante el Consejo municipal, no se dio por vencida la Rzepowa. Al día siguiente, que era domingo, fue, como de costumbre, a oír misa a Wrzeczadza, decidida a pedirle consejo a un sacerdote. Dos había en aquella parroquia: el canónigo Ulanowski, a quien de puro viejo se le salían los ojos de la cara, como a los peces y cuya cabeza se le bamboleaba por todos lados, y el padre Czyzyk, el vicario, hombre renombradísimo por su piedad y sano criterio. Al padre Czyzyk, pues, deseaba consultar la Rzepowa, convencida de que le daría un buen consejo y la consolaría al mismo tiempo. Mucho hubiera querido ir a hablarle antes de comenzar la misa; pero como su marido estaba recluido en la pocilga, tuvo que hacer ella doble labor, y cuando hubo barrido y arreglado la choza, dado el pienso al caballo, a los cerdos y a la vaca, y llevado doble ración a Rzepa, el Sol estaba ya muy alto en el firmamento, y ella se dijo entonces que no llegaría a tiempo a la iglesia antes de la misa.

En efecto: al llegar ya había comenzado el Oficio; unas mujeres vestidas con trajes verdes estaban sentadas en el cementerio, acabando de ponerse los zapatos que habían traído consigo en la mano, y Rzepowa las imitó, después de lo cual entró en la iglesia. El padre Czyzyk estaba echando un sermón, mientras el canónigo, sentado junto al altar, abría desmesuradamente los ojos y bamboleaba la cabeza, como de costumbre. Era ya después del Evangelio, y no sé por qué causa ni razón estaba hablando el vicario de la herejía de los maniqueos cataristas, explicando a los feligreses el único criterio que debían usar para juzgar aquella herejía y la bula *Ex stercore* que contra ella se lanzó. Luego, con gran elocuencia y mayor convicción, aconsejó a sus ovejas, pobres, sencillas como los pájaros del paraíso y, por ende, gratas al Señor, que no prestaran oídos a los numerosos pretendidos buenos pastores y, en general, a todos aquellos que, regados por su satánico orgullo, van por el mundo sembrando la cizaña y no la buena simiente, y no cosechan más que lágrimas y pecados. Y hablando así iba aludiendo y citando a Condillac, a Voltaire, a Rousseau, a Ochrowicz, sin establecer entre ellos la menor diferencia; hasta que, por último, puso a describir con todos sus detalles los tormentos que aguardan en el otro mundo a los réprobos y a los condenados. La Rzepowa se sentía reanimada y llena de unción; pues aunque no entendía un ápice de cuanto estaba oyendo, decía «que debía de hablar muy bien el vicario, a juzgar por los gritos que lanzaba y el sudor que le corría por la cara, y también por los suspiros que lanzaba la gente, cual si a punto estuvieran todos de entregar el alma a Dios.» Terminado el sermón, continuó la misa, y entonces púsose la desgraciada Rzepowa a rezar, a rezar como nunca hasta aquel día había rezado, y a medida que invocaba al Señor, la pena y la congoja de su corazón se le hacían más llevaderas.

El momento solemne llegó por fin; el deán, blanco como una paloma, sacó del copón el Santísimo Sacramento y, cogiendo luego en sus manos temblorosas la custodia resplandeciente como un sol, volvióse hacia el pueblo, permaneciendo un instante con los ojos entornados y la cabeza ligeramente inclinada, como para cobrar alientos, hasta que por último púsose a entonar:

En presencia del magnífico Sacramento.

Y el pueblo contestó, formando un coro ensordecedor:

Doblemos la frente, alcemos el corazón;
que les cedan los antiguos su Testamento
a los fieles de la nueva religión.
Será entonces la Fe cual rico suplemento
ignoto hasta aquel día a la humana razón.

Tan estridente era el canto, que hasta los cristales de las ventanas vibraban, y el órgano mezclaba sus graves acordes a las voces agudas de los fieles, y sonaban las campanillas, y sonaba el tambor en el atrio de la iglesia, y el sol, entrando por el rosetón de la fachada, coloreaba las movedizas espirales de humo azulado que desde los incensarios iban subiendo hasta la bóveda del templo. Y en medio de aquel ruido, de aquella humareda, de aquellos rayos irisados y de aquella serenidad brillaba el Santísimo Sacramento, que el sacerdote iba subiendo y bajando; y aquel blanco anciano, medio oculto entre la niebla policroma, sosteniendo la custodia, semejaba una aparición celeste, en que se concentraban la fortaleza y la bienaventuranza, para difundirse luego en los corazones y en las almas de los creyentes todos. Aquella fortaleza y aquella bienaventuranza lleváronse también sobre sus divinas alas el alma dolorida de la Rzepowa. «¡Jesús, oh, Jesús, oculto en el más grande de los sacramentos! ¡Oh, Jesús -suplicaba la mísera mujer-, no abandones a esta pobre desgraciada!» Y las lágrimas rodaban por sus mejillas; pero no amargas, como las que derramara ante el alcalde, sino unas dulces lágrimas, gruesas como perlas y llenas de serenidad. Y sin saber lo que pasaba, prosternóse la Rzepowa, con la faz contra el suelo, adorando a su Divina Majestad. Le pareció entonces que los ángeles del cielo la cogían, como si fuese una pobre hoja seca, y la llevaban hacia el cielo, hacia la eterna felicidad, allá donde no había el señor Zolzikiewicz, ni el alcalde, ni lista de reclutas, sino tan sólo una aurora uniforme, y en medio de aquella aurora, el trono de Dios, y junto a aquel trono una luz tan viva, que no se podía mirar con los ojos abiertos, y luego, nubes y nubes de angelitos, cual pajarillos de blancas alas.

Mucho rato permaneció, la Rzepowa prosternada. Cuando se incorporó, la misa había terminado, la iglesia se hallaba casi desierta, el humo del incienso flotaba rozando la bóveda, los últimos feligreses traspasaban el umbral y el sacristán estaba apagando las luces del altar. Levantóse la Rzepowa y se dirigió al presbiterio, para hablar con el vicario.

Estaba el padre Czyzyk tomando su desayuno cuando fueron a avisarle que una mujer, con los ojos arrasados en lágrimas, deseaba hablar con él, y salió inmediatamente. Era el sacerdote muy joven; tenía pálido y sereno el semblante; la frente, alta, blanca y apacible, y a sus labios se asomaba siempre una dulce sonrisa.

-¿Qué queréis, buena mujer? -preguntó con voz débil, pero melodiosa.

Besóle la Rzepowa las manos, de rodillas; contóle el motivo de su visita, interrumpiendo a menudo su relato con profundos y lastimeros sollozos y repetidos besamanos; después de lo cual alzó sus ojos negros, llenos de humildad, y añadió:

-¡Oh, deme usted consejo, démelo por Dios, señor vicario! ¡Es a usted a quien he venido a pedir consejo!

-No errasteis, buena mujer, no errasteis -contestó con suavidad el padre Czyzyk-; pero sólo un consejo puedo daros: ofreced vuestras penas a Dios Nuestro Señor. Dios Nuestro Señor envía duras penas a sus fieles, terribles pruebas a veces, como, por ejemplo, a Job, a quien sus perros lamían las llagas; como por ejemplo, a Azarías, que perdió la vista. Pero Dios Nuestro Señor sabe lo que hace y sabrá recompensar un día a sus fieles. La desgracia que acaba de caer encima de vuestro marido la habéis de considerar como un castigo de Dios por su pecado de embriaguez, y debéis colmar de gracias a Nuestro Señor porque le envía ahora este castigo a fin de perdonarle tal vez en el otro mundo.

Estábase la Rzepowa mirando al sacerdote con sus grandes ojos negros, y luego que hubo terminado el buen padre Czyzyk, besole la mujer las rodillas, abrazándose a ellas, y lentamente se alejó, sin articular palabra. Pero en la carretera sintió que algo le apretaba violentamente la garganta.

Quiso llorar; mas no le fue posible.

- VII -

Serían las cinco de la tarde de aquel mismo domingo cuando en la ancha carretera que pasa entre las dos hileras de chozas de la aldea, viose brillar una sombrilla azul, un sombrero de paja amarilla, lazos azules y un vestido de color de almendra, guarnecido también de azul. Era la señorita Yadviga, que, después de haber comido, daba su paseíto, acompañada de su primo, el señorito Wiktor.

La joven Yadviga era lo que suele llamarse una linda muchacha, con sus cabellos negros, sus ojos azules y su tez blanca como la leche. Su vestidura elegante, esmeradísima y siempre de mejor gusto, hacía resaltar todavía más su belleza. Tenía un talle flexible y encantador, y al andar parecía que nadaba en el espacio. Con una mano sostenía su sombrilla, mientras con la otra recogía un poco su falda; lo que permitía ver los bajos de unas blanquísimas enaguas bordadas y unos plececitos hechiceros calzados con borceguíes húngaros.

El señorito Wiktor, su primo y compañero, de tan guapo que era, parecía un cuadro, a pesar de su melena demasiado larga y demasiado clara.

Estaban los dos rebotando salud, juventud, alegría y felicidad; todo su aspecto indicaba que vivían una vida superior, en eterna fiesta, con la posibilidad de satisfacer, no sólo lo externo, lo material de sus deseos, sino también de alimentar nobilísimos anhelos y profundos y generosos pensamientos, y aun a veces de acariciar los más luminosos y dorados ensueños.

En aquel ambiente primitivo, entre aquellas chozas, en medio de aquellos niños y de aquellos labriegos, parecían habitantes de otro planeta; y era una dulce sensación el pensar que no existía ningún vínculo entre aquella pareja magnífica, intelectual, poética, y la incolora y prosaica realidad semibestial de la vida lugareña. Ningún vínculo existía, en efecto; por lo menos, el vínculo moral. Y caminaban los dos, uno junto a otro, conversando de poesía, de literatura, como un noble caballero y una dama de la Corte, mientras los aldeanos y las aldeanas, vestidos con sus burdas ropas de estameña, ni siquiera comprendían sus palabras, no entendían siquiera su lenguaje. ¿No produce una dulce sensación el pensar en esto? ¡Hay que confesarlo!

No había nada en la conversación de aquella soberbia pareja que no se hubiese ya oído una infinidad de veces; saltaban de un libro a otro, como una mariposa de flor en flor; pero una conversación así no puede resultar nunca trivial y vacía, si se sostiene con un alma querida, y no es más que un pretexto para que pueda abrir el alma querida los capullos de sus propios pensamientos, y aun dejar entrever a veces sus más recónditas interioridades, como una rosa blanca abierta a los efluvios de la primavera. Además, una conversación así, con todo, y a pesar de todo, hace remontar infaliblemente el espíritu, cual ave de raudo vuelo, hacia las azuladas esferas, hacia las esferas del mundo espiritual, arriba, siempre más arriba. Y mientras allá en la taberna del villorrio se emborracha la gentuza y conversa en términos vulgares de las más vulgares cuestiones, ellos, la ideal pareja, se embarcan con rumbo a poéticas regiones en una nave que una canción de Gounod describe así:

El mástil, de fino marfil;
de roja seda el pabellón;
de oro purísimo el timón.

A todo esto debo añadir que, para adiestrarse en el arte de agradar a los hombres, esforzábese la señorita Yadviga en hacerle perder el tino a su primo, y en tales andanzas es casi una cosa ritual el conversar de poesía.

-¿Ha leído usted la última obra de Fly? -preguntó Wiktor.

-¡Oh, Wiktor, este autor me tiene loca! -contestó Yadviga-. Cuando lo leo me parece estar oyendo música, e involuntariamente me vienen a la memoria aquellos versos de Ujejski:

En ligera nube recostado,
me anonado en el total silencio;
brilla en mi pupila soñolienta lágrima;
ni el hálito de las cosas llega hasta mí...
Un mar de perfumes de violeta
voluptuosamente me rodea,
y, juntas las palmas de mis manos,
vuelo..., nado...

-Ah! -exclamó de pronto, interrumpiendo el recitado-, si le conociera, le amaría, estoy segura de ello. Es indudable que nos entenderíamos maravillosamente los dos.

-Afortunadamente, es casado -repuso Wiktor.

Yadwiga inclinó ligeramente la encantadora cabeza y dejó apuntar en sus labios una sonrisa que puso unos lindísimos hoyuelos en sus mejillas. Luego, mirando a Wiktor de soslayo, preguntó:

-¿Por qué dice usted afortunadamente?

-He dicho afortunadamente pensando en todos aquellos para quienes, en caso contrario, la vida habría perdido todo su encanto.

Y diciendo esto, el aspecto del señorito Wiktor era realmente trágico.

-Es usted muy amable conmigo...

Entonces púsose el joven muy lírico:

-Y usted, Yadwiga, es un ángel...

-Bien... Hablemos de otra cosa. ¿De modo que no le gusta a usted Fly?

-Hace un momento empecé a detestarle.

-¡Qué caprichoso es usted! Deje esos aires fúnebres, por favor, y dígame inmediatamente cuál es su poeta predilecto.

-Sowinski... -balbuceó Wiktor con voz tétrica.

-Pues a mí me da un miedo atroz. Un mar de ironía, de sangre, incendios..., estallidos salvajes...

-¡Cosas todas esas que no aciertan a asustarme!

Y los ojos del señorito Wiktor tomaron una expresión tan marcial, que un perro que había salido corriendo de una choza, retrocedió de pronto, rabo entre piernas, aterrorizado.

Andando, andando, llegaron por fin ante la casa de piedra, junto a la orilla del estanque, en la que vivía el secretario, y por la ventana, entreabierta, divisaron la perilla de macho cabrío, la nariz arremangada y la corbata verde claro de señor Zolzikiewicz. Luego, algo más lejos, se detuvieron junto a una linda casita, toda cubierta de dulcamara, cuyas ventanas traseras daban al estanque.

-¿Ve usted esa casita? ¡Es el único sitio poético de Barania Glowa.

-¿Y qué es esta casa?

-En otro tiempo fue un asilo al que venían los niños del pueblo para aprender a leer mientras sus padres estaban labrando los campos. Papá había mandado construir esta casa ex profeso.

-¿Y ahora para qué sirve?

-Ahora se guardan en ella los barriles de aguardiente...

Pero no pudo acabar la frase, porque habían llegado a una gran charca en que se revolcaban unos cerdos «renombrados a causa de su suciedad», y para dar la vuelta a la charca habían de pasar junto a la choza de Rzepa. Hacia allí, pues, se dirigieron.

Estaba la Rzepowa sentada sobre un tronco de árbol, junto a la puerta, con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos. Tenía el semblante pálido y como petrificado, enrojecidos los ojos por el llanto y turbia la mirada, como si, inconsciente, estuviese mirando hacia la lontananza.

Ni siquiera les oyó acercarse; pero la señorita, apenas la vio, le dijo:

-¡Buenas tardes, Rzepowa!

Levántese ésta, acercose, besó las rodillas a la señorita y al señorito y se echó a llorar silenciosamente.

-¿Qué tienes, Rzepowa? -preguntó Jadwiga.

-¡Oh, reina mía! ¡Oh, mi esperanza! ¡Dios la envía a usted, sin duda! ¡Interceda usted por mí, usted, nuestra reina y protectora!

Y la Rzepowa contó todo cuanto la estaba pasando, besando a cada instante la mano, es decir, el guante de la señorita, y manchándolo con sus lágrimas. Estaba la señorita Jadwiga muy sonrojada y se le pintaba muy visiblemente en el semblante una gran turbación; verdaderamente, no sabía qué hacer; mas al fin, con voz vacilante y temblorosa, murmuró:

-¿Qué puedo yo hacer por ti, mi buena Rzepowa?... Mucho te compadezco..., muchísimo; pero... verdaderamente..., ¿qué puedo yo hacer?... Ve a ver a papá..., quizá él... Adiós, Rzepowa.

Y recogiendo todavía un poco más el vestido de color de almendra, hasta enseñar, por encima del borceguí húngaro, una media blanca con rayas azules, prosiguió la señorita Jadwiga su paseo, acompañada del señorito Wiktor.

-¡Que Dios te colme de bendiciones, oh, la más bella entre todas las flores! -exclamó la Rzepowa, siguiéndola con la mirada.

Sin embargo, ya no se sentía la señorita Jadwiga tan alegre como antes, y aun le pareció al señorito Wiktor que una lágrima había brillado en sus pupilas; mas para ahuyentar

aquella tristeza hablaron de Kraszewski y de otros peces menores del mar de la literatura, y poco a poco, merced a aquella interesantísima conversación, acabaron por olvidar completamente aquel «desagradable incidente».

-¿Ir a casa de los señores? -pensaba mientras tanto la Rzepowa-. Es allí donde hubiera debido ir en seguida. ¡Qué mujer más tonta soy!

- VIII -

Los señores de Skorabiewski tenían durante el verano la costumbre de tomar el café, después de la comida, en la amplia galería de la casa señorial, desde la cual se divisaba, más allá de la explanada, una larga avenida bordeada de álamos. En esta galería, rodeada de dulcamara, hallábase en aquellos momentos el dueño de la casa, acompañado del canónigo Ulanowski, del vicario Czyzyk y del inspector Stolbicki. La señora Skorabiewska servía el té, y el inspector, que era un escéptico de marca mayor, estaba dale que dale atizando al viejo deán.

-¡A ver si nos cuenta usted, querido señor deán, aquella célebre batalla! -decía el inspector.

Y el canónigo, poniéndose la mano tras de la oreja, en pabellón, preguntaba:

-¿Cómo?

-¡La batalla! -repetía el inspector, gritando.

-¿Cómo? ¿La batalla?

Y el señor deán, después de bajar ligeramente la cabeza, como si reflexionase, murmuró algo a sí mismo y se puso a mirar al cielo, cual si quisiera coordinar sus recuerdos. Ya se disponía a reír el inspector, y ya estaban todos esperando aquel relato, oído por lo menos un centenar de veces, porque siempre acuciaban al anciano hasta lograr que les narrase la batalla aquella.

-¿Cómo? -empezó diciendo el señor deán-. Era yo en aquellos tiempos vicario todavía, y de cura párroco estaba el padre Gladysz... Eso es, bien digo, el padre Gladysz. Fue él quien restauró la sacristía... ¡Que Dios le tenga en su santa gloria!... Entonces, inmediatamente después de la misa, yo que voy y le digo: «¿Señor cura párroco?» Y él que me responde: «¿Qué hay?» «Me parece», le digo, «que alguna consecuencia traerá todo esto...» Y él: «También me parece a mí que todo eso habrá de traer alguna consecuencia.» Y nos pusimos a mirar... Cuando de pronto, por detrás del molino de viento, aparece el ejército a caballo y el de a pie y luego las banderas, y los cañones. Entonces, sin perder un segundo, me puse a pensar: «¡Caramba, caramba!» Pero he ahí que, por la dirección opuesta, una cosa aparece también. «¿Qué será?», me digo. «¿Será un rebaño de carneros?» Sí, buenos estaban los carneros; ¡pues nada menos que la caballería! Y apenas vieron estos a los otros

gritáronles: «¡Atrás!», y los otros igual: «¡Atrás!» Cuando de pronto sale del bosque la otra caballería y empieza la carga. Yo pensaba: «¡Ay, ay, ay!, esto va de veras; va a ser la cosa muy difícil.» Después algo empezó a brillar en la montaña, y yo que le pregunto al cura párroco: «Pero qué, ¿no lo ve usted?» Y él que me responde: «Sí. Y mientras tanto la cosa allá abajo se ponía más y más grave: cañonazos, y escopetazos... y se iban acercando al río para vadearlo. Pero ¡quíá!, los otros no se lo consintieron. Tan pronto ganaban los unos como los otros, y hacían todos un barullo infernal. ¿Y el humo? ¡Oh, cuánto humo! Luego entraron en juego las bayonetas, y pareció que los primeros empezaban a ceder, «Señor cura párroco», dije yo, «aquellos van a ganar.» Y él: «Sí; también me parece a mí lo mismo.» En efecto; apenas había terminado aquellas palabras, los primeros pusieron pies en polvorosa y los otros a perseguirles, a perseguirles. Entonces pusiéronse a degollarlos y ahogarlos en el río y a hacerlos prisioneros, y yo pensaba entre mí: «Ahora sí que esto se acaba...» Pero ¡ca!, ni pensarlo... porque... ¿qué decía yo ahora?...; entonces...

Al llegar aquí hizo el anciano un mohín de desaliento con la mano, y hundiendo el cuerpo más profundamente en la poltrona cayó en una especie de somnolencia; la cabeza le bamboleaba más que de ordinario y los ojos se le salían casi completamente de las órbitas.

El revisor, de tanto reír, parecía que lloraba.

-Señor Deán -preguntó-: ¿y quién dio aquella batalla, dónde y cuándo?

Púsose el canónigo la mano tras la oreja y dijo:

-¿Cómo?

-¡Ay, no puedo más! ¡Qué gracia, qué gracia! ¡No puedo más!

Los señores de Skorabiewski también reían, pero sólo por atención al señor inspector, aunque ya estaban hartos de oír cada domingo aquel sempiterno relato. El regocijo era, pues, general; pero de pronto vino a turbarlo una voz suave y tímida que desde fuera llamaba:

-¡Ave María Purísima!

Inmediatamente el señor Skorabiewski se puso en pie y, adelantándose unos pasos hacia la escalinata, preguntó:

-¿Quién va?

-Soy yo, señor, la Rzepowa.

-¿Qué quieres?

Inclinose la mujer cuanto se lo permitió el niño que llevaba en brazos, y besó las rodillas al caballero.

-¡Vengo para implorar socorro, señor amo, y también clemencia!

-¡Pero, hija mía, bien podrías dejarme en paz al menos el domingo! - interrumpió el señor Skorabiewski con un tono que parecía dar a entender que todos los días iba la pobre mujer a importunarle-. ¿No ves que tengo visita? Por ti no voy a desairar a mis convidados...

-Esperaré.

-¡Espera, pues! ¡No puedo partirme en dos pedazos!

Y el señor Skorabiewski volvió a la galería, mientras la Rzepowa se retiraba hacia el seto que circundaba el jardín y permanecía allí de pie dócilmente. Mucho rato estuvo esperando, pues los dueños de la casa y sus convidados conversaban alegremente, lanzando sonoras carcajadas, que hasta ella llegaban, lacerándole el corazón, como si ya no lo tuviera la infeliz bastante lastimado. Luego llegaron de su paseo el señorito Wiktor y la señorita Yadwiga, y todos entonces entraron en la casa. El criadito Yasko salió a la galería y fue a poner la mesa para el té, cambiando el mantel y colocando las tazas y las cucharitas, que producían un vibrante sonido al caer sobre la mesa. Y la Rzepowa esperaba siempre, infatigablemente. A veces se preguntaba si no sería mejor irse a casa y volver más tarde; pero temía que se le escapase la ocasión y últimamente optó por sentarse sobre la hierba y dar de mamar al niño. Tomó éste la teta y se quedó dormido, pero con un sueño desapacible, porque desde por la mañana parecía estar indispuerto. Y también ella sintió unas grandes náuseas, pero no las hizo caso, y siguió esperando llena de inquietud. Todo estaba ya dispuesto para el té, y ardían las bujías en los globos de la galería; mas no aparecían todavía los señores, porque la señorita Yadwiga estaba tocando el piano. Entonces la Rzepowa se puso a rezar el Ángelus, y así que hubo terminado pensó en lo que iría a hacer el señor Skorabiewski para prestarle ayuda, sin acertar a saber, sin embargo, el medio de que iba a valerse. Pero bien sabía ella que un señor amo está siempre en muy buenas relaciones con el jefe del distrito y con el comisario, y que, por lo tanto, le sería muy fácil remediar su triste situación; lo que haría inmediatamente, tan pronto le pusiera ella al corriente de cuanto le pasaba. Y luego decía la animosa mujer que, aunque el señor Zolzikiewicz y el alcalde se opusieran a ello, bien sabría el señor amo adónde dirigirse para obtener justicia. «¡El señor amo siempre ha sido bondadoso y caritativo con los pobres, y no me abandonará!» Después recordó también que siempre se había mostrado muy indulgente con Rzepa, y que su difunta madre había criado con su leche a la señorita Yadwiga; lo cual, llenándole el corazón de esperanza, hízole pasar aquellas horas de espera casi sin darse cuenta.

Finalmente, los señores fueron saliendo a la galería, y al través del follaje de la dulcamara que cubría la balaustrada vio la Rzepowa cómo la señorita servía el té en un puchero reluciente, que debía ser de plata. Y todos tomaron el té, «ese agua perfumada que después de beberla os deja todo el gañote hinchado», según decía la difunta madre de la Rzepowa, y siguieron todos conversando y bromeando en medio de la mayor satisfacción. Entonces vínole de pronto al pensamiento a la Rzepowa de que había de ser mucho mejor encontrarse en la situación de los señores que en la de los simples aldeanos, y sin saber por qué empezaron a rodarle por las mejillas unas enormes lágrimas. Pero aquella impresión fue inmediatamente substituida por otra, al ver la pobre mujer que Yasko, el criadito, traía a la

mesa una gran fuente que humeaba. La Rzepowa se acordó de que tenía hambre, pues a mediodía la emoción no la había dejado catar la comida, y así estaba con el poco de leche que se había tomado por la mañana.

-¡Si me dieran al menos un hueso a roer! -pensó.

Y aunque sabía que algo más que un hueso la hubieran dado, de haberse atrevido ella a pedirselo, tuvo miedo de acercarse a la balaustrada, porque estaba segura de que importunaría a los invitados y que el señor se enfadaría.

Por fin, todos se levantaron de la mesa; despidiose en seguida del inspector, y al cabo de media hora subieron los dos clérigos en la bryczka de la casa, y viendo la Rzepowa que el señor amo había ya instalado cómodamente en el carruaje al señor deán, creyó que ya el momento era llegado de acercarse y fue a colocarse delante de la escalinata.

Al arrancar la bryczka gritole el señor al cochero:

-¡Prueba de volcar en el malecón, si quieres que te vuelque yo a ti!

Luego púsose a interrogar al cielo, como queriendo conjeturar el tiempo que haría al día siguiente, y, por último, en la obscuridad, cada vez más intensa, distinguió el blanco corpiño de la Rzepowa.

-¿Quién hay aquí?

-Soy yo, señor amo, la Rzepowa.

-¡Ah, eres tú! ¡Di en seguida lo que quieres, porque es ya muy tarde!

Y otra vez volvió a contar la pobre mujer toda la historia, que en silencio escuchó el noble señor, fumando su pipa. Luego el señor Skorabiewski exclamó:

-Queridos amigos: yo de muy buena gana os ayudaría, si ello estuviera en mi mano; pero me he dado palabra de no mezclarme en nada ni por nada a los asuntos del Municipio.

-Ya lo sé, señor amo -dijo la Rzepowa con temblorosa voz-; pero he pensado que tal vez el señor tendría compasión de mí.

La voz, y aun el aliento, le faltaban; de pronto.

-Todo eso está muy bien -repuso el señor Skorabiewski-; pero ¿qué puedo yo hacer? Por ti no voy a faltar a mi palabra, y tampoco voy a ir a importunar al jefe del distrito, a quien según él mismo dice ya le importuno demasiado con mis propios asuntos... Ya tenéis vuestro Consejo municipal, y si este Consejo no hace nada por vosotros, ya sabes qué camino lleva el jefe del distrito, igual que yo. Es todo lo que puedo decirte, hija mía. ¡Vete, vete, vete con Dios!

-¡Que Dios Nuestro Señor le bendiga, señor amo! -contestó con voz apagada la pobre Rzepowa, besando las rodillas del noble caballero.

- IX -

Cuando Rzepa salió de la pocilga celular, en vez de irse inmediatamente a su casa, encaminó sus pasos a la taberna, pues es sabido que un campesino con murria no puede quitársela de encima si no es bebiendo. Después de haber bebido fue a casa del señor Skorabiewski, impulsado por la misma idea que había llevado allí a su mujer; pero en la señorial morada cometió Rzepa un desatino.

En estado de embriaguez nadie sabe lo que se dice, y como era nuestro hombre tan arrojado, al oír todo lo que ya le habían dicho a su mujer respecto de los altos principios del abstencionismo, no sólo se quedó sin comprender un ápice de aquellas doctrinas políticas, sino que, con la grosería tan peculiar en las gentes sencillas, se fue de la lengua y acabó por hacerse poner de patitas en la calle.

Al llegar a casa díjole a su mujer:

-Vengo de ver al señor.

¿Y no has conseguido nada?

-¡Hay que quemarlos vivos a esos herejes! -gritó Rzepa, descargando un tremendo puñetazo sobre la mesa.

-¡Cállate, animal! ¿Y qué dijo?

-Me ha endosado al jefe del distrito. Mal...

-Pues hay que ir a Oslowice.

-Sí que iré -dijo Rzepa, montando en cólera-, y ya le haré ver yo al jefe del distrito que para nada le necesito.

-No, no irás tú, pobre infeliz, pobre maridito mío... Yo iré, yo, porque tú volverías a achisparte y a hacer el valiente, y agravarías más aún nuestra situación.

No se dejó Rzepa convencer; pero en cuanto hubo comido fuese otra vez a la taberna a matar el gusanillo, y al día siguiente vuelta a la taberna para volverlo a matar, hasta que su mujer, sin decirle unapalabra de su resolución, puso su suerte entre las manos de Dios y el miércoles tomó al niño en brazos y partió para Oslowice.

Como tenían el caballo ocupado en las faenas del campo, emprendió la Rzepowa el camino a pie, al amanecer, pues distaba la capital del distrito más de veinte verstas, con la

esperanza, sin embargo, de encontrar alguna buena persona que consintiera en hacerle sitio en un rinconcito de su carro. Pero a nadie encontró. A las nueve, rendida ya de cansancio, sentóse en el lindero del bosque, comió un pedazo de pan y dos huevos que se había traído en el cesto y continuó luego su camino. El Sol empezaba a quemar como un ascua cuando la alcanzó el judío Herszek, el vaquero de Wrzeczadza, que con su carro se dirigía a la ciudad a vender sus gansos. Preguntóle la Rzepowa si quería llevarla a ella y a su niño; mas Herszek le contestó:

-Id con Dios, mi buena Rzepowa; hay tanta arena en el camino, que apenas si puede arrastrarme a mí el caballo. Dadme quince kopelkas y os llevaré.

Recordó entonces la mujer que no llevaba más que un czeski en el nudo del pañuelo, ofrecióselo al judío; mas éste lo rehusó.

-¿Un czeski? ¡Ni vale la pena de recogerlo si se te cae al suelo! ¡Eso no es dinero!

Y fustigando al caballo, desapareció. El calor se hacía cada vez más sofocante; el rostro de la Rzepowa estaba bañado en sudor; pero sacando todas sus fuerzas emprendió de nuevo la marcha, y al cabo de una hora entraba en Oslowice.

El que conoce la geografía tal como debe conocerse, sabe que entrando en Oslowice por la carretera de Barania Glowa hay que pasar por delante de una iglesia, en que se veneraba en otros tiempos una imagen milagrosa de la Madre de Dios, y junto a la cual todavía hoy pululan los domingos numerosos mendigos que a voz en grito imploran la caridad de los transeúntes. Pero aquel día, como de trabajo, sólo se veía a uno, sentado de espaldas contra el seto, con un pie desnudo y sin dedos, estirado por debajo de sus harapos, y con una tapadera de caja de betún en la mano. Cantaba el mendigo:

Santa celestial,
reina angelical.

Pero al darse cuenta de que alguien se aproximaba, enmudeció al instante y, estirando todavía más el pie, púsose a chillar, cual si le desollaran vivo:

-Personas caritativas: ¡un pobre estropeado implora vuestra lástima! ¡Que el Dios de misericordia os colme de toda suerte de felicidades!

Al verlo, sacó la Rzepowa el czeski del nudo de su pañuelo y, acercándose a él, le dijo:

-¿Tenéis cinco groszy?

No quería darle más que uno; pero al tocar el viejo mendigo la pequeña moneda, púsose a escandalizar, gritando:

-Tacaña sois por un czeski de Dios. Pues Dios se mostrará también tacaño en prestaros su ayuda. Idos con mil diablos, y gracias que no me enfade.

Entonces la Rzepowa dijose a sí misma: «¡Sea por el amor de Dios!» Y prosiguió su camino, dejando al mendigo la moneda entera.

Al llegar a la plaza del Mercado tuvo miedo, pues si es muy fácil encontrar el camino de Oslowice, más fácil es, todavía, extraviarse por las calles de la población. Ya cuando se llega por primera vez a una aldea es menester pedir las señas; ¡con cuánto mayor motivo habrá que pedir las en Oslowice, porque no es Oslowice una bicoca! «Aquí voy a perderme como en un bosque», penso la Rzepowa, y como no había otro recurso, se decidió a interrogar a los transeúntes. Indicáronle fácilmente la casa del comisario; pero le dijeron que éste se hallaba fuera, recorriendo la provincia; y habiendo preguntado luego por el jefe del distrito, contestáronle que en sus oficinas le encontraría.

-¿Y dónde están sus oficinas?

-¿Dónde queréis que estén, tonta, sino en Oslowice?

Entonces púsose a buscar las oficinas, y después de mucho rondar dio al fin con un palacio tan enorme, que infundía pavor, y delante del cual había estacionado muchos carros, brywkas y birlochos judíos, de modo que parecía aquello un ferial.

-¿Dónde están las oficinas del jefe del distrito? -preguntó la Rzepowa a un hombre de uniforme, besándole las rodillas.

-Pero, mujer, ¡si las tiene usted delante!

Apeló la Rzepowa a toda su valentía y penetró en el edificio. Una vez dentro, no vio más que puertas a lo largo de los corredores, puertas a la derecha, puertas a la izquierda, y encima de cada una una inscripción. Por último, se santiguó, y tímidamente, con gran cuidado, abrió una de aquellas puertas y penetró en una estancia muy vasta, alrededor de la cual había unas Mamparas, como en el coro de las iglesias.

Detrás de una mampara, en una ventanilla, veíase a un señor vestido con una casaca de botones de oro, con una pluma puesta detrás de la oreja, y delante de él muchos señores, que pagaban uno tras otro, mientras el señor de la casaca, fumando un cigarrillo, iba extendiendo los recibos y entregaba uno a cada señor, que inmediatamente se marchaba. Entonces pensó la Rzepowa que también ella tendría que pagar, y echó de menos el czeski que había dado al mendigo. Acercóse, pues, a la ventanilla, tímida y temerosa; pero nadie la hizo el menor caso, y allí quedó plantada por espacio de una hora. Unos entraban, otros salían, el reloj de péndola hacía tic-tac; pero ella permanecía de pie, esperando siempre. Cada vez había menos gente, y por último, no quedando ya nadie en la sala, sentóse el empleado y se puso a escribir. Entonces, cobrando ánimos, acercóse la Rzepowa, y se atrevió a murmurar:

-¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!

-¿Qué quiere usted?

-Señor jefe del distrito...

-Esto es la Caja.

-Señor jefe del distrito...

-Le digo a usted que esto es la Caja...

-¿Y dónde está el jefe del distrito?

Indicó el empleado una puerta con la punta de su pluma.

-¡Por allí!

Otra vez encontróse la Rzepowa en el corredor. ¡Por allí! Sí; pero ¿por dónde? Las puertas eran innumerables; ¿adónde ir? Por fin, entre las personas que iban entrando por una o por otra puerta, vio la mujer a un campesino que llevaba el látigo en la mano, e inmediatamente se dirigió a él:

-¿Compadre?

-¿Qué queréis?

-¿De dónde sois?

-De Wieprzowski. ¿Y por qué me lo preguntáis?

-¿Dónde está el jefe aquí?

-¿Qué sé yo?

Luego interrogó a un hombre con botones de oro, pero que no llevaba casaca, y sacaba la camisa por los codos. Éste ni siquiera quiso escucharla, y le dijo por toda respuesta:

-No tengo tiempo.

Entonces empujó la Rzepowa otra puerta que encontró allí cerca, sin saber, la pobrecilla, que en ella estaba escrito: «Se prohíbe la entrada a cuantos no estén afectos al servicio gubernativo».

En cuanto estuvo dentro echó una ojeada por la estancia, que estaba desierta. Sólo había un hombre que estaba durmiendo sobre un banco, junto a la ventana, y por el hueco de otra puerta veíanse otros de casaca y uniforme que iban y venían por la pieza contigua.

Acercose la mujer al durmiente, que no le inspiraba mucho miedo a causa de su aspecto sencillo y de las botas viejas y rotas que calzaba. Le tocó en el hombro, y en seguida púsose el hombre de pie como una furia, le clavó la mirada y gritó con voz fuerte:

-¡Está prohibido entrar aquí!

Fuese corriendo la pobre mujer, y él cerró la puerta de un empujón.

Y por tercera vez se encontró la Rzepowa en el corredor.

Fue a sentarse junto a otra puerta, y con la pacienzuda porfía de los aldeanos decidió quedarse allí, aunque fuera hasta el fin del mundo. «Tal vez alguien me diga lo que he de hacer, pensaba. Y no lloraba la infeliz; pero se frotaba los ojos, que le escocían, y sentía como si el corredor y todas sus puertas se tambalearan.

¡Cuánta, cuánta gente a su alrededor! A la derecha, a la izquierda, y las puertas se abrían y cerraban con estrépito, y todo el mundo se agitaba y gritaba como en un mercado.

Por fin Dios tuvo piedad de la pobre Rzepowa. Por la puerta junto a la cual estaba sentada salió un anciano caballero, al que inmediatamente reconoció la mujer por haberle visto varias veces en la iglesia de Wrzeczadza. Viola el anciano caballero y díjole:

-¿Qué haces aquí, buena mujer? ¿Qué es eso?

-Es para ver al jefe del distrito...

-Aquí está el ujier, no el jefe del distrito. ¿Ves aquella puerta del fondo -dijo el buen caballero, mostrándole una puerta al final del corredor-, en la que hay una placa verde? Pues allí; pero no vayas, que está ocupado. Espéralo aquí, porque tiene que pasar por el corredor.

Alejose el anciano caballero, seguido de las miradas de la Rzepowa, que no le quitaba ojo de encima cual si fuera su santo ángel de la guarda.

Todavía esperó mucho rato; pero finalmente la puerta de la placa verde se abrió ruidosamente y salió por ella un militar de cierta edad, que echó a andar por el corredor con paso acelerado. Bien a las claras se veía que era el jefe, porque iba detrás de él, acosándole, ora a la derecha, ora a la izquierda, toda una turba de pedigüños, y oyó la Rzepowa que decían: «Señor jefe». «Dos palabras, señor jefe». «Señor jefe, por favor». Pero él parecía no hacer caso a nadie, y seguía imperturbable su camino. Al acercarse a la Rzepowa, sintió ésta que se le ofuscaban los ojos. «¡Que sea lo que Dios quiera!, pensó, y obedeciendo a un ciego impulso, avanzó hasta en medio del corredor y cayó de hinojos, alzando las manos y obstruyendo el paso.

Detúvose el jefe, y tras él toda la caterva de pedigüños.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-¡Oh, el más santo de los jefes!..

Pero no pudo continuar porque era tan grande su espanto, que le faltaba el aliento y la lengua se le endurecía.

-¿Pero qué hay?

-¡Oh, oh!..., es... por el reclutamiento...

-Pero, en fin, ¿qué significa esto? ¿Quieren hacerte soldado, o qué?...

Toda la caterva pedigüeña soltó la carcajada, tratando de lisonjear así al jefe y ponerle de buen humor; mas él, volviéndose hacia su séquito de audaces, dijo:

-Les suplico un poco de calma.

Y dirigiéndose, impaciente, a la Rzepowa, exclamó:

-¡Aprisa! ¿Qué quieres? No tengo tiempo...

Pero las risas de aquellos señores habían hecho perder por completo la cabeza a la Rzepowa y no le fue posible pronunciar más que palabras sin hilación alguna:

-¡Burak... Rzepa... Rzepa... Burak... oh...!

-Debe estar borracha -observó uno de la caterva.

-Se habrá dejado la lengua en la choza -dijo otro.

-A ver: ¿qué quieres? -preguntó el jefe, lleno de impaciencia-. ¿Estás borracha, o qué?

-¡Oh, Jesús, María y José! -exclamó la Rzepowa, comprendiendo que se le escapaba la última tabla de salvación-. ¡Oh, Santo, santo jefe!...

Pero el jefe estaba realmente muy ocupado porque los trabajos de reclutamiento habían empezado ya, y además los asuntos del distrito estaban un poquito enmarañados. Y como, por otra parte, no se le podía arrancar a la mujer ni una palabra sensata, sacudió el jefe la cabeza y dijo:

-¡El aguardiente, el aguardiente! Y decir que es tan joven todavía, y tan bonita, por añadidura...

Luego, dirigiéndose a la Rzepowa, con una voz que la dejó como hundida en la tierra:

-¡Cuando la hayas dormido, ve a contar tu asunto al Consejo municipal, y ya él se cuidará de comunicarme a mí!

Y se alejó rápidamente, seguido de la caterva de pedigüeños, que no se cansaban de repetir: «Señor jefe.» «Dos palabras, señor Jefe.» «Señor jefe, por favor.»

.....

Todo era silencio en los desiertos corredores; pero el niño echó a llorar y la Rzepowa se despertó, cual si saliera de un pesado sueño, y levantándose inmediatamente tomó en brazos al niño y púsose a tararear:

-¡Oh, oh! ¡Ro... ro!.. ¡Oh... oh!...

Luego salió del edificio. El cielo se iba cubriendo de nubes, los truenos retumbaban lejanos y el aire estaba saturado de humedad.

No intentaré describir lo que pasaba en el alma de la Rzepowa al encontrarse de nuevo delante de la iglesia para emprender el regreso a Barania Glowa. ¡Ah, si la señorita Yadviga se hubiese encontrado en un trance semejante! Entonces hubiera yo escrito toda una novela sensacional, con el fin de convencer a los más acérrimos positivistas de que aún existen en este mísero mundo criaturas ideales. La señorita Yadviga se hubiera dado perfecta cuenta de cada una de sus sensaciones, de suerte que los desesperados ímpetus de su alma los hubiera ella expresado con palabras y pensamientos, no menos impregnados de desesperación y, por lo tanto, eminentemente dramáticos. Aquel círculo vicioso, aquel sentimiento acerbo y profundo de abandono y de debilidad, que tanto recuerda el destino de la pobre hoja en medio del torbellino de la tempestad; la sorda convicción de que ni del cielo ni de la tierra había que esperar ayuda y salvación, ¡ah!, todo aquello hubiera ciertamente inspirado a la señorita Yadviga un inspirado monólogo, monólogo que con sólo darme el trabajo de copiarle me hubiera colmado de reputación y fama. Pero la Rzepowa... ¡Ah! la Rzepowa era una mujer del pueblo, y el pueblo, cuando sufre, sufre y calla. Bajo la garra del infortunio, semejaba la infeliz el pajarillo que un pícaro rapazuelo está martirizando. Y así iba caminando por la carretera, azotada por el viento que la empujaba, cual si quisiese echarla de la ciudad, bañado el rostro en un copioso sudor. De vez en cuando, su hijito, enfermo, abría la boca y respiraba como si fuera a exhalar el postrer suspiro; entonces:

-¡Yas! ¡Yasko, rey mío! ¡Prenda de mi corazón! -exclamaba la Rzepowa, poniendo sus labios maternales sobre la ardorosa frente de la criaturita.

Hallábase ya en plena campiña, ya lejos de la iglesia, cuando vio venir a un campesino borracho. Entonces se detuvo. Las nubes parecían cada vez más negras y preñadas de malas intenciones. De tiempo en tiempo cruzábalas el serpenteo de un relámpago; todo anunciaba la tempestad. Pero no se arredraba el campesino, sino que con la gorra echada hacia atrás, y los vestidos de estameña agitados por el viento, caminaba haciendo esos, canturreando alegremente:

Al huerto a robar manzana
saltose la Margarita,
y dile a la muchachita,
tal porrazo en la badana,

que, azorada y temblorosa,
puso pies en polvorosa.

Al ver el borracho a la Rzepowa, se detuvo, y abriendo los brazos exclamó:

Hacia el trigo hemos de ir,
buena hembra me pareces.

Y acercose para cogerla por la cintura; pero la pobre mujer, espantada, tanto por sí como por su niño, retrocedió unos pasos, y al intentar agarrarla, cayó el borracho de bruces, vencido por el mareo. En seguida se puso en pie; pero ya no la persiguió contentándose con lanzarle un guijarro.

Sintió la Rzepowa un vivo dolor en la cabeza y, aturdida, se arrodilló. Pero un solo pensamiento ocupaba su espíritu: «el niño», y levantándose, echó a correr hasta llegar a una cruz de piedra que había al pie de la carretera. Allí se detuvo, y volviendo la cabeza, vio que el campesino estaba ya media versta lejos y caminaba haciendo eses en dirección de la ciudad.

En aquel momento sintió que una cosa caliente le corría por el cuello; pasose la mano por encima, mirose los dedos y vio que era sangre. Turbáronsele los ojos y cayó desvanecida.

Cuando recobró el conocimiento estaba reclinada contra la cruz, y mirando en torno suyo, divisó, a lo lejos, el birlocho de Oscieszyna, ocupado por el joven señor la institutriz.

El señor de Oscieszynski no conocía a la Rzepowa, pero ella sí que le conocía a él, por haberlo visto varias veces en la iglesia; por eso quiso correr hacia el carruaje, para pedirle en nombre de la divina misericordia que llevasen consigo al menos al niño, antes de que estallara la tempestad. Levantose la mujer; pero no pudo dar un paso.

Estaba ya el birlocho muy cerca, y al ver el joven a una mujer desconocida, de pie junto a la cruz, gritole:

-¡Eh, mujer, sentaos!

-Que Dios le...

-¡No, por tierra, por tierra...

El joven señor de Oscieszyna tenía fama de truhán, y esta fama estaba muy extendida por toda la comarca; tenía la costumbre de burlarse de cuantos se encontraba en la carretera, y así se burló también de la Rzepowa, después de lo cual continuó su camino. La pobre aldeana oyó las carcajadas del señor y de la institutriz, que se iban alejando; vio luego que se besaban, y pronto desaparecían en la sombría lontananza.

Otra vez se encontró la Rzepowa sola en la carretera, pero no en balde dice el proverbio polaco que «a las mujeres, como a los galápagos, no se las mata ni a hachazos», pues al

cabe de una hora ya pudo dar algunos pasos, y por más que las piernas se le doblasen, pudo finalmente ponerse de nuevo en marcha.

-En qué te ha ofendido, ¡oh, Dios Nuestro Señor!, el hijo de mis entrañas, este pobre pececito de color de oro -repetía la infeliz mujer, apretando a su pequeño Yasko, enfermo, contra su seno.

Debía de sufrir un acceso de calentura, porque muy pronto se puso a murmurar, cual si estuviese borracho

-¡En la choza la cuna está vacía y mi hombre se marchó a la guerra con una carabina!

El viento se le llevó la cofia, y sus magníficos cabellos le cayeron destrenzados por los hombros y por la espalda. De pronto, un rayo rasgó las nubes y fue a caer allí, tan cerca, que todo a su alrededor quedó impregnado de olor a azufre. Cayó la mujer desplomada; pero aquella conmoción le hizo recobrar los sentidos y gritó:

-¡Y el Verbo se hizo carne!

Alzó los ojos al cielo y, al verlo tan revuelto, tan furioso y despiadado, púsose a cantar con temblorosa voz:

Bajo vuestra protección...

Caía de las nubes oblicuamente sobre la tierra un reflejo cobrizo, preñado de malos presagios. La Rzepowa entró en el bosque; pero allí la obscuridad era todavía más densa y más pavorosa, y, además, pasaba de vez en cuando por entre los árboles un repentino rumor, cual si se dijera los pinos unos a otros, en un prolongado murmullo: «¿Qué se prepara, Santo Dios?» Pero volvía luego a reinar la calma. A veces, de lo más profundo de la espesura llegaba una voz que le helaba a la Rzepowa toda la sangre de las venas, pues se le antojaba la voz del «maligno espíritu», que se reía en los aguazales, o la del rey de los silfos, que iba a pasar en medio de su horripilante cortejo. «¡Con tal de que pueda llegar al otro extremo del bosque, decía. «¡Con tal de que lo pueda atravesar, allá, no muy lejos del lindero, encontraré en seguida el molino y la choza de Yagodzinski el molinero!» Y sacando fuerzas de flaqueza echó a correr, aspirando ávidamente el aire con su boca desecada. Las nubes se habían deshecho ya, y una lluvia mezclada de granizo caía torrencial; el viento soplaba ahora tan recio, que los pinos jóvenes curvaban sus copas hasta el suelo; todo el bosque estaba envuelto en la niebla, el vapor y el velo tupido de la lluvia, de suerte que apenas podía distinguirse el camino, y entretanto retorciáanse los árboles, inclinábanse hasta rozar la tierra y crujían los ramajes en medio de una absoluta obscuridad.

La Rzepowa se sintió desfallecer.

-¡Socorro! ¡Socorro! -gritó con voz tenue.

Pero nadie contestó. El viento ahogaba su voz y sofocaba su respiración. Entonces comprendió que no le sería posible ir más lejos.

Quitose el pañuelo de la cabeza, la chamarreta, el delantal; desnudose casi por completo, para envolver al niño, y luego, viendo allí cerca un corpulento abedul, fue casi arrastrándose hacia él y, después que hubo puesto al niño bajo el espeso follaje, dejóse caer a su lado, extenuada.

-¡Dios mío, acoge mi alma en tu seno! -murmuró muy quedo.

Y cerró los ojos.

La tempestad continuó rugiendo durante algún tiempo todavía, y luego empezó a amainar. Llegó la noche; las estrellas centelleaban acá y allá por ente los desgarrones de las nubes, y la silueta de la Rzepowa continuaba dibujándose bajo el follaje del abedul.

-¡Arre, caballo! -gritó una voz en las tinieblas.

Y al cabo de un corto instante oyóse el rodar de un carruaje y los cascos de un caballo que, ora chocaban contra los guijarros, ora se hundían en las charcas del camino.

Era Herszek, el vaquero de Wrzeczadza, que regresaba a su casa después de haber vendido sus gansos en Oslowice.

Al ver a la Rzepowa, detúvose y bajó del carruaje.

- X -

El judío Herszek de Wrzeczadza, recogió a la Rzepowa y la condujo a Barania Glowa; pero antes de llegar al pueblo encontróse por el camino a Rzepa, que al ver la tempestad había enganchado el caballo y había salido en busca de su mujer.

Al día siguiente la Rzepowa tuvo que guardar cama; pero ya al otro que siguió no tuvo más remedio que levantarse, porque su hijito estaba muy enfermo. Las comadres de la aldea acudieron a su choza para sahumarlo con coronas benditas, y la vieja Cisowa, la mujer del herrero, con un cedazo en una mano y una gallina negra en la otra, hizo cuanto pudo para sacarle la enfermedad. Esto pareció aliviar de sorprendente manera el estado del niño; pero nada pudo producir el menor alivio en el estado de Rzepa, que todo el santo día nadaba en aguardiente, siendo imposible hacerle entrar en razón. Y cosa singular: cuando su mujer recobró el conocimiento y preguntó por el niño, en vez de interesarse por su salud, díjole con voz hosca:

-Ya te enseñaré yo a ir a zarandarte por las ciudades. ¡Ay de ti si llegas a perder al niño!

Entonces, en presencia de tamaña ingratitud, una amarguísima tristeza invadió el alma de la Rzepowa. Quiso quejarse así, sencillamente, siguiendo los dictados de su dolorido corazón; pero sólo le fue posible articular:

-¡Lorenzo!...

Y púsose a mirar a su marido con los ojos preñados de lágrimas.

Conmovido por aquel duro reproche, saltó Rzepa del arcón donde estaba sentado y permaneció unos instantes silencioso; mas luego, con una voz que no parecía la suya, exclamó:

-¡Marisia! ¡Perdona mis palabras! Ya veo que te he ofendido.

Y estalló en violentos sollozos, besando los pies a su mujer y uniendo sus lágrimas a las suyas. Muy bien comprendía entonces que no era digno de una mujer como aquella.

Pero la buena armonía no fue de larga duración, pues a ambos les roía la tristeza, que cual corrosivo veneno les atizaba al uno contra el otro. Cuando Rzepa llegaba a la choza, estuviese beodo o en su cabal juicio, jamás hablaba a su mujer; sentábase en el arcón, y allí permanecía horas enteras, petrificado, con los ojos fijos en el suelo, como un lobo. Y ella se ocupaba en los quehaceres domésticos, como antes; pero tampoco abría la boca para hablar. Y así resultó que cuando más adelante quisieron dirigirse la palabra, no supieron cómo empezar, y continuaron viviendo, cual si se detestaran, en medio de un silencio de muerte. ¿Qué tenían que decirse, por otra parte? ¿Acaso no estaban convencidos de que no había salvación para ellos, de que su suerte estaba ya echada?

Al cabo de unos días empezaron a atormentar el cerebro del aldeano unos malignos pensamientos; fue entonces a ver al padre Czyzyk para que le oyera en confesión; pero el sacerdote se negó a darle la absolución, diciendo que volviera al día siguiente. Mas Rzepa, en vez de tomar el camino de la iglesia, encaminóse hacia la taberna. Estando borracho perdido, oyéronle decir en el pueblo que ya que Dios no quería sacarlo del atolladero íbase a vender el alma al diablo, y desde aquel día todos huyeron de él. Parecía como si una maldición pesara sobre la choza. Las gentes dieron rienda suelta a la maledicencia y llegaron a aprobar el proceder del alcalde y del secretario, convencidas de que un pillastre de tal catadura sólo podía atraer la venganza divina sobre todo el pueblo de Barania Glowa. Y no solamente en Rzepa se cebaron las malas lenguas, sino que también de la Rzepowa se dijeron las cosas más espantosas.

Sucedió un día que el pozo se les quedó sin una gota de agua, y mientras iba por ella la Rzepowa a la fuente que cerca de la taberna había se encontró con unos muchachos que murmuraban entre sí:

-¡Es la mujer del soldado!

-Sí, la mujer del soldado... ¡la mujer de Satanás!

Continuó la mujer su camino, sin contestar palabra, y vio que al pasar ella los chicuelos se santiguaban. Saco agua con su cubo, y ya se dirigía a casa, cuando en el umbral de la

taberna apareció la silueta de Samuel. Al verla éste, quitose de entre las barbas su pipa de porcelana y la llamó:

-¡Rzepowa!

Detúvose la mujer y preguntole:

-¿Qué queréis?

-¿Has ido al tribunal municipal?

-Sí, allí estuve.

-¿Fuiste también a ver al cura?

-Sí, allí estuve.

-¿Y a casa de los señores?

-Sí, allí estuve.

-¿Fuiste a Oslowice?

-Sí, allí estuve.

-¿Y nada has obtenido?

Por toda respuesta, la mujer lanzó un hondo suspiro y Samuel continuó:

-¡Qué tonta eres! De seguro que en todo Barania Glowa no existe mujer más tonta que tú. ¿Y qué ganabas con tanta visita?

-¿A dónde queríais que fuese si no?

-¿A dónde? -contestó el judío-. ¿Y dónde está escrito el contrato? En un papel, y roto el papel, roto el contrato. ¡Rómpelo, mujer, y todo se habrá acabado!

-¡Hombre, vaya una gracia! -replicó la Rzepowa-. Si tuviese yo el papel, tiempo haría que estaría roto.

-Pero qué, ¿no sabes que el contrato está en manos del secretario? Mira: yo sé que podrías lograr mucho del señor Zolzikiewicz, pues él mismo me ha dicho varias veces: «¡Que venga la Rzepowa a pedirme el papel; yo lo romperé delante de ella, y... todo se acabó!»

Nada respondió la Rzepowa; cogió el cubo por el asa, y se encaminó hacia el edificio de piedra, junto a la orilla del estanque.

Caía la noche....

- XI -

Descendía el Carro por el firmamento, cuando la puerta de la choza de Rzepa gruñó en sus goznes, empujada suavemente por la Rzepowa. Entró la mujer, y en seguida se detuvo. Estaba persuadida de que su marido estaría aún durmiendo en la taberna, como tenía por costumbre, y hete aquí que se le encontraba en casa, sentado encima del arcón con la espalda apoyada en la pared, los puños puestos sobre las rodillas y los ojos fijos en el suelo.

En el hogar, la lumbre se iba extinguiendo.

-¿Dónde estabas? -Preguntó Rzepa, con hondo acento.

En vez de contestar, echose la Rzepowa por tierra y, así prosternada a los pies de su marido, entre lágrimas y sollozos, púsose a decir:

-¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¡Por ti, por ti me he deshonrado! Me engañó, y luego me ha echado, colmándome de injurias. ¡Lorenzo! ¡Ten, al menos tú, compasión de mí! ¡Corazoncito mío... Lorenzo... Lorenzo!...

Rzepa se levantó y sacó una segur del arcón.

-¡No! -dijo con voz tranquila-, ya ha llegado para ti el último momento, pobre desgraciada! Ya puedes decir adiós a este mundo, porque ya no lo volverás a ver; ya no te estarás más sentada en nuestra choza, desgraciada, sino tendida en tierra en el cementerio...

-¿Quieres matarme?

Y él:

-¡Ea, Marisia, no pierdas el tiempo inútilmente! Haz la señal de la cruz, y pronto estará todo listo; ni siquiera te darás cuenta, pobre...

-¡Lorenzo!... ¿Pero es posible que...?

-Pon la cabeza encima del arcón...

-¡Lorenzo!...

-Pon la cabeza encima del arcón te digo -gritó Rzepa con los labios llenos de espuma.

Oyose un golpe sordo; luego un gemido, e inmediatamente el ruido de una cabeza al dar contra el suelo; un segundo golpe después, y otro gemido más débil, y un tercer golpe, y otro, y otro... Un reguero de sangre corrió por el pavimento. En el hogar se apagaron las

ascuas por completo. Un estremecimiento sacudió el cuerpo de la Rzepowa, y el cadáver se estiró de pronto, quedando en seguida inmóvil.

Pocos momentos más tarde, una inmensa claridad roja desgarró las tinieblas: los edificios de la casa señorial estaban ardiendo.

Epílogo

Y ahora, queridos lectores, dejad que os lo diga al oído: Rzepa no hubiera sido soldado; el contrato firmado en la taberna no tenía ningún valor. ¿Pero qué entienden de tales cosas los aldeanos? Y los nobles... ¡oh, los nobles, gracias a su neutralidad, tampoco entienden mucho que digamos...! Pero... el señor Zolzikiewicz conocía al dedillo todas aquellas cosas, y lo que se proponía era dar largas al asunto, con la esperanza de que mientras tanto el miedo echaría a la Rzepowa en sus brazos.

Y no le salieron fallidos los cálculos a aquel hombre genial.

Y ahora me preguntaréis: «¿Qué fue de él?» Pues es muy sencillo: después de pegar fuego a la casa de los señores, Rzepa fue corriendo a vengarse del secretario; pero los gritos de «¡fuego!» despertaron a todo el pueblo, y Zolzikiewicz se salvó.

Todavía hoy continúa ejerciendo el cargo de secretario en el Ayuntamiento de Barania Glowa, con la esperanza de ser nombrado juez muy pronto. Precisamente ahora acaba de terminar la lectura de Bárbara Ubryk, y abraza la esperanza de que un día la señorita Yawdiga le estrechará la mano por debajo de la mesa.

¿Se realizarán esas esperanzas?... El tiempo lo dirá.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).